LA FARSA

BERR Y VERNEUIL

MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE

COMEDIA EN TRES ACTOS

GUTIERREZ

SEMANARIO ESPAÑOL

:-: DE HUMORISMO :-:

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos. Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.---Barbero.---López Rubio.---Tono. Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.

CONCURSOS RAROS.—SECCIONES EXTRAÑAS

¡Contra la neurastenia!

¡Contra la hipocondría!

HUMORISMO SANO.—BUEN GUSTO

COMPRE V. TODOS LOS SABADOS

GUTIERREZ

Administración: Rivadeneyra (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.—MADRID

BERR Y VERNEUIL 75
Louis, 1893 - 1952
7168

Mi mujer es un gran hombre

COMEDIA EN TRES ACTOS,
VERSIÓN CASTELLANA DE
JOSE JUAN CADENAS
Y ENRIQUE F. GUTIERREZ-ROIG

Estrenada en el teatro de Lara, por la compañía de Carmen Díaz, la noche del 17 de septiembre de 1927.

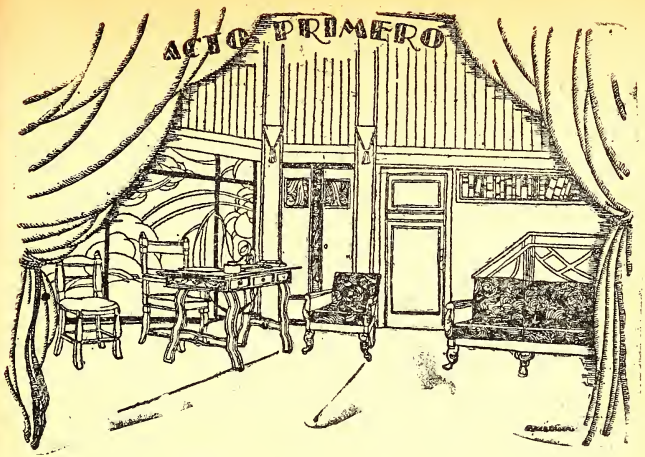
LA FARSA
AÑO I ✻ 8 DE OCTUBRE DE 1927 ✻ NUM. 2
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
COLETTE.....	Carmen Díaz.
CECILIA.....	Margarita Larrea.
MAGDALENA.....	Carmen López Lagar.
EDUARDO.....	Rafael Bardén.
VALENTIN.....	Fernando F. de Córdo
RASTABUL.....	Gaspar Campos.
ARTURO.....	Manuel Díaz.

La escena en París.—Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.



El despacho de Colette Colbert. Muebles severos, pero elegantes. En el foro, a la derecha, puerta de dos hojas, que abre sobre el vestíbulo. En el foro, a la izquierda, puerta de dos hojas, que da acceso al salón de espera para los clientes. A la izquierda, en primer término, puerta del despacho de Valentín. A la derecha, en primer término, puerta de acceso a las habitaciones particulares de Colette y Eduardo. En el centro de la escena, frente al público, la mesa de despacho de Colette. Al lado, una mesa más pequeña, que es la de Valentín. Un gran retrato de Colette Colbert, vestida de toga y birrete, estará colocado en la pared, en lugar bien visible. Son las cuatro de la tarde.

ESCENA PRIMERA

EDUARDO, VALENTÍN; luego, ARTURO.

(Al levantarse el telón no habrá nadie en escena. Suena el teléfono. Entra EDUARDO *por la derecha y se acerca al aparato.)*

EDUARDO.—Pero ¿qué es esto? ¿Nadie oye que llaman? *(Al teléfono.)* Vamos a ver... ¿Qué? ¿El abogado Colbert? Sí. Aquí es. Sí, señor... ¿Cómo? ¿El escrito de réplica? Bueno... ¿Que qué me parece? ¡Ah! Yo no sé nada... Yo no soy el abogado... Soy el marido... El marido del abogado, sí, señor... Es que el abogado es abogada... No; yo no estoy al corriente de los asuntos del bufete... Bueno; pero ¿quién es usted? ¿El señor Maupassant, abogado? ¡Ah! Muy bien...

608542

¿Es usted pariente de Guy de Maupassant? Hombre, no
por qué ha de protestar usted. No es ninguna ofensa... I
usted, lo mejor sería que llame al pasante del abogado...
mi mujer, claro... No se vaya usted del aparato... *(Dej*
aparato sobre la mesa, se dirige a la puerta de la izqui
y llama.) ¡Valentín! ¡Valentín!... ¿Quiere usted acerc
un momento al teléfono? ¿No ha oído usted que llamab

VALENTÍN. *(Entrando por la izquierda.)*—¿Qué suc
¡Hola! Buenos días, señor Colbert... ¿Quién llama al a
rato?

EDUARDO.—Es Guy de Maupassant que...

VALENTÍN.—¿Cómo?

EDUARDO.—No, no... Es uno que no es pariente de Guy
Maupassant... Se lo advierto a usted para que no se lo d
porque se incomoda muchísimo... Es un abogado...

VALENTÍN.—¡Ah! Ya sé... Es el licenciado Maupassa
Justo... Muchas gracias, señor Colbert.

EDUARDO.—No hay de qué... *(Vase Eduardo por la*
recha.)

VALENTÍN. *(Al teléfono.)*—¿Eh? Buenos, días, señor M
passant... Soy yo... Valentín... Sí..., sí... Era el señor
bert el que hablaba... No está al corriente de los asu
del bufete... ¿Qué? ¿Ha presentado usted la demanda? B
bien... Tenemos seis semanas para contestar... Descont
los días festivos expirará el plazo... Voy a ver... No se sep
usted del aparato... *(Deja el aparato y repasa las hojas*
un calendario del despacho.) Uno... dos... tres... Esto
El veinticuatro de enero... *(Coge el teléfono.)* El plazo c
ple el veinticuatro de enero... ¿Eh? ¿Diez mil kilos? No c
prendo, señor Maupassant... No, señor... Yo no he pe
antracita... ¿Qué número pide usted? Sí, señor... Sí...
éste... ¿El señor Colbert? ¿De parte de quién? ¿De la c
Alarico, leñas y carbones? Bien..., bien... No; es que
lo visto ha cortado usted la comunicación que yo tenía...
lo mismo. Voy a llamar al señor Colbert. No se retire ust
(Deja el aparato, abre la puerta de la derecha y llama.)
ñor Colbert... El teléfono... Esta vez es a usted a quien
man...

EDUARDO. *(Entrando.)*—¿Quién? ¿Quién me llama?

VALENTÍN.—No sé... La casa Alarico...

EDUARDO.—¡Ah! Sí... Ya sé... Ya sé... *(Coge el teléfo*
Valentín vuelve a su trabajo.) ¿Eh? Sí... Soy yo... ¿Reci
usted mi carta? Comprenderá usted que me sobra la razó
Yo encargué cinco toneladas de cok para la cocina y d
toneladas de antracita inglesa para la calefacción. Y us
me ha enviado quince toneladas de antracita belga... Est
seguro... Yo mismo lo he pesado... Nada, nada, hay d

cambiarlo... Lo antes posible... Perfectamente. Adiós. *(Cuelga el aparato.)*

VALENTÍN.—Es usted un hombre de orden... Un verdadero amo de casa...

EDUARDO.—¡Qué remedio me queda!... ¿Ha visto usted a mi mujer hoy?

VALENTÍN.—Sí, señor.

EDUARDO.—¿Qué tal está?

VALENTÍN. *(Sonriendo.)*—¿Y me lo pregunta usted a mí?

EDUARDO.—Es que no la he visto desde ayer...

VALENTÍN.—Los pleitos la tienen tan atareada...

EDUARDO.—Ya lo veo, ya... Ayer, en cuanto acabamos de cenar, se encerró en su despacho hasta las dos de la mañana. Cuando se acostó..., yo estaba ya dormido. Esta mañana, cuando se levantó, yo dormía todavía.

VALENTÍN.—¿Duerme usted mucho?

EDUARDO.—Lo que todo el mundo... Ocho horas... Esta mañana no la pude ver... Estuvo recibiendo gente hasta las doce... Cuando el criado me llamó para almorzar, respiré... ¡Vaya! Por fin iba a verla... Pero no, señor... Llego al comedor y me encuentro un solo cubierto: el mío... Mi mujer se había envuelto unos emparedados en un papel y se había marchado... He almorzado solito, amigo Valentín.

VALENTÍN.—Sí... Tenía una visita a la una en punto... Va a defender el asunto de las Azucareras...

EDUARDO.—Acabará por caer enferma.

VALENTÍN.—¿Quién?

EDUARDO.—¡Mi mujer!

VALENTÍN.—No lo crea usted... Es fuerte... Ahí tiene usted... Más de trescientos pleitos... La señora Colbert es hoy uno de los abogados más célebres de París... La llueven los asuntos... Y es natural, porque tiene más condiciones excepcionales... Hay que verla en el Tribunal. ¡Qué fuerza de argumentación!... ¡Qué palabras!... ¡Qué ojos! ¡Qué boca! Una gran figura, señor Colbert. Una gran figura.

EDUARDO. *(Pensativo.)*—Sí... ¡Mi mujer es un gran hombre!... ¿Sabe usted si volverá pronto?

VALENTÍN. *(Mirando el reloj.)*—Se fué a la una... Son las cuatro... Ya no debe tardar.

EDUARDO.—¿Sabe usted si tiene todavía mucho que hacer en el despacho? ¿La podré ver yo?

VALENTÍN.—¡Ah! No lo sé... Pero se lo preguntaré, señor Colbert... Se lo preguntaré...

EDUARDO.—Un millón de gracias... *(Entra* ARTURO *con dos grandes cajas de cartón.)* ¿Qué es eso, Arturo?

ARTURO.—El modisto de la señora ha dejado esto.

EDUARDO.—¡El modisto! Alabado sea Dios. *(Mirando la*

etiqueta.) Un modisto... Un vestido... Ya era hora... Alg nas veces mi mujer tiene caprichos de mujer... ¿Y la ot caja?

ARTURO.—¡Es un sombrero!

EDUARDO.—¿Para la señora también?

ARTURO.—Sí, señor...

EDUARDO.—¡Hombre! Esto me llena de alegría... Dé uste una buena propina a la oficiala.

ARTURO.—Perfectamente. *(Arturo se dirige a la salid Entra* COLETTE *por el foro, con abrigo y sombrero y una gr cartera llena de papeles.)*

ESCENA II

DICHOS y COLETTE.

COLETTE. *(Alegremente.)*—¡Señores; ganado el pleito d las Azucareras!...

VALENTÍN.—¿De verdad?

COLETTE.—¡Un triunfo! Yo misma estoy sorprendida. Bien es verdad que el contrario era Dupond... ¡Dios mío Las tonterías que ha podido decir ese hombre en la vista. ¡Claro! Ya se figurará usted mi dialéctica. Le he hech polvo...

ARTURO.—Señora...

COLETTE. *(Viendo los paquetes.)*—¿Qué es eso?

ARTURO.—Un vestido y un sombrero que acaban de trae para la señora...

COLETTE.—¡Ah, sí!... Ya sé... Déjelo usted ahí... Ahor me los probaré...

ARTURO.—Dos visitas esperan en el salón desde las tres..

COLETTE.—¿Todavía? ¿Pero no le dije a usted que no quie ro recibir más gente hoy?

ARTURO.—Sí, sí. Pero han insistido de tal manera... Un ca ballero sobre todo... Ha dicho que esperará, si es preciso hasta mñana...

COLETTE.—¡Ah! ¿No vienen juntos?

ARTURO.—No, señora... Al menos cuando llegaron no se conocían... Ahora... Como ya hace tres horas que están ahí... puede que hayan hecho conocimiento...

COLETTE.—Está bien... Está bien... *(Vase Arturo.)*

ESCENA III

COLETTE, EDUARDO y VALENTÍN.

COLETTE. *(A Valentín.)*—Y usted... ¿se puede saber dónde tiene usted la cabeza?

VALENTÍN. *(Azorado.)*—Yo...

COLETTE.—¿Fué usted quien preparó anoche las notas para mi discurso?

VALENTÍN.—Sí... ¿Olvidé alguna cosa?

COLETTE.—Las notas... Ni más ni menos... Llego al Tribunal y me encuentro sin ellas... He tenido que improvisar mi discurso de arriba a abajo... *(Coge las notas que están sobre la mesa.)*

VALENTÍN.—¡Oh! ¡Es admirable! ¡Qué talento!

COLETTE.—Sí... sí... Todo lo admirable que usted quiera; pero otra vez ponga usted más cuidado...

EDUARDO. *(Interviniendo tímidamente.)*—Es verdad, Valentín... Ponga usted cuidado, Valentín...

COLETTE. *(Que hasta este momento no habrá reparado en Eduardo.)*—¡Ah! ¿Estás tú aquí?

EDUARDO.—¡Claro! Yo estoy siempre aquí... ¿Cómo sigues?

COLETTE.—Bien... Ya lo ves...

EDUARDO.—¿No te sientes fatigada?

COLETTE.—¿Yo? ¡Nunca! Y tú, ¿estás mejor de tu reuma?

EDUARDO.—Sí, estoy mejor; gracias...

COLETTE.—Ya he visto que dormías bien esta noche.

EDUARDO.—Duermo lo normal... Ocho horas... Como siempre... ¿Dispones de cinco minutos libres?

COLETTE.—De todos los que quieras, Eduardo... ¿Tienes que decirme algo?

EDUARDO.—¡Mucho!

COLETTE.—Pues empieza...

EDUARDO.—El caso es que no sé por dónde comenzar... ¡Ah, sí! En primer lugar, yo quisiera que almorzaras...

COLETTE.—¿Eh?

EDUARDO.—¡Oh! Conmigo, no... Eso sería el colmo de la felicidad... Pero deseo que almuerces... Arturo me ha dicho que esta mañana te fuiste corriendo al Tribunal llevándote un par de emparedados en un papel... ¿Es verdad eso?

COLETTE.—Es verdad... *(Abre la cartera.)* Y mira... Aquí los tienes... Ni siquiera me acordé... No los he probado...

EDUARDO. *(Consternado.)*—¡Dios mío!

COLETTE. *(A Valentín.)*—¡Ah! ¿Sabe usted lo que me han dicho en el Tribunal, Valentín?

VALENTÍN.—No...

COLETTE.—¡Han condecorado a Balmoral!

VALENTÍN.—¡Qué escándalo!

EDUARDO.—Entre las cosas de que quiero hablarte... *(Suena el teléfono.)*

COLETTE.—Perdóname un minuto... Vea usted quién es, Valentín...

VALENTÍN. *(Al teléfono.)*—¡Ah! Sí. Es que nos corta antes... No se retire, señor Maupassant...

EDUARDO.—Ya está ahí otra vez...

COLETTE. *(Al teléfono.)*—¡Ah! ¡Voy, voy! Hola, am Maupassant... ¿La fecha del plazo?

VALENTÍN.—Veinticuatro de enero...

COLETTE.—El veinticuatro de enero... Sí, señor... ¿Sa usted que han condecorado a Balmoral? Como usted lo oy Ya es oficial... ¡Es lo que todo el mundo dice! Bien. Adiós. *(Cuelga el aparato.)* ¡Pobre Maupassant! Se ha dignado al saberlo...

VALENTÍN.—¡Calcule usted! Está esperando él la cr hace treinta años...

EDUARDO.—Pues verás... La casa Alarico ha telefoneado para lo de la antracita...

COLETTE. *(Abrazándole mimosa.)*...No tengo más remed que probarme estas cosas, querido Eduardo... ¡Anda! Ay dame tú...

EDUARDO. *(Muy contento.)*—Todo lo que quieras... *(Co unas tijeras y corta el bramante de los cartones.)*

COLETTE.—Abra usted esa otra, Valentín... *(A Eduardo* Voy a probármelo delante de ti...

EDUARDO. *(Asombrado.)*—¿Y delante de Valentín?

COLETTE.—¿Por qué no? *(Sacando la prenda de la caja.)*

EDUARDO.—¡Ah! Pero es... ¿es una toga? *(Desconsolado*

COLETTE.—Claro, hombre; sujeta ahí...

EDUARDO.—¿Y el sombrero? ¿No es un sombrero? ¿Se un birrete?

VALENTÍN. *(Que ha abierto la caja.)*—Sí... Un bonito b rrete... *(Colette se lo pone.)* La sienta deliciosamente...

COLETTE. *(Con la toga puesta y el birrete pasea y acciona* ¡Ah! No, no... Esto no puede ser...

EDUARDO.—¿Qué?

COLETTE.—Estas mangas... Son ridículas... ¿No ves qué e trechas son? No tienen amplitud... *(Extiende el brazo.)* ¡N ¡No! Los grandes movimientos los impide la estrechez de l mangas... "¡Ese hombre es inocente! Pongo al cielo por tes tigo!" ¡Bah! imposible poner al cielo por testigo con esta mangas... Hay que devolver la toga... Que la arreglen. *(Se quita la toga y la tira en la caja.)* ¿Qué hora es?

VALENTÍN.—Las cuatro y media.

COLETTE.—¡Oh, qué tarde!... Y tengo que recibir gente todavía... *(Revolviendo papeles.)* Con el trabajo que hay atrasado... ¡Qué vida!

EDUARDO.—¡Verdaderamente! Eso digo yo... ¡Qué vida!

COLETTE. *(Sentándose a la mesa.)*—En fin, vamos allá. *(A Valentín.)* Deme usted la demanda de Farandul, Valentín. *(A Eduardo.)* ¿Tú no tenías nada más que decirme?

EDUARDO.—No... Nada más... El birrete...

COLETTE.—¡Ah! Sí... Es verdad... *(Se le quita.)*

EDUARDO.—Veo que tienes mucho que hacer... Trataré de buscar otra ocasión para hablarte...

COLETTE. *(Con la cabeza metida en los papeles.)*—Cuando quieras, querido Eduardo... Cuando quieras... No faltaba más...

EDUARDO.—Cuando quiera... Sí, sí... Cuando quiera... *(Vase.)*

ESCENA IV

COLETTE y VALENTÍN.

COLETTE.—Valentín.

VALENTÍN.—¿Qué?

COLETTE.—Le he pedido a usted la demanda de Farandul.

VALENTÍN.—¿No es esa?

COLETTE.—Mire usted.

VALENTÍN.—"Los Paramont contra el Teatro de..." ¡Oh! Perdóneme usted... Hay tantos papeles...

COLETTE.—Esa no es una razón.

VALENTÍN.—Aquí está... *(Dándola otros papeles.)*

COLETTE. *(Bruscamente.)*—Pero ¿qué es lo que le pasa a usted desde hace poco tiempo?

VALENTÍN.—¿A mí?

COLETTE.—Cuando entró usted en mi bufete, hace ya...

VALENTÍN.—Diez y ocho meses... No he olvidado la fecha... El catorce de mayo, a las nueve de la mañana.

COLETTE.—Pues durante todo este tiempo ha sido usted un secretario ideal. Sí, sí... Puntual, concienzudo, metódico, sin una idea propia, adoptando en el acto todas las mías... Vamos, el ideal, repito...

VALENTÍN.—La verdad es que me confunde usted...

COLETTE.—No; no me lo agradezca. Hoy no es un cumplimiento el que le voy a hacer... Porque usted ya no es el mismo... Se distrae usted, se equivoca, confunde todo, no escucha usted lo que se le dice...

VALENTÍN. *(Pensativo.)*—Eso depende de quien me habla...

COLETTE.—Sí... A mí me escucha usted... Desde luego...

Pero... hay que atender también a los clientes... Hay que e cucharlos...

VALENTÍN.—¡Oh! Los clientes...

COLETTE.—¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¡Los clientes! Per Valentín, ¿qué es lo que le ocurre? Ha perdido usted el ju cio...

VALENTÍN.—No; nada de eso...

COLETTE.—¿Le duele el estómago?

VALENTÍN.—No, no... Estoy bien... Lo que me pasa es. que... que estoy un poco enamorado.

COLETTE. *(Asombrada.)*—¡Bah! El amor... Pero sí... E verdad... Después de todo, alguna vez hay que pensar en amor... ¿Qué edad tiene usted?

VALENTÍN.—Veinticinco años.

COLETTE.—¡Claro! ¡Claro! Veinticinco años... El amor. Es verdad... Bueno; pero no hay que perder la cabeza. hom bre de Dios. ¡El amor! ¿Es una hija de familia?... Pues. ¡cásese usted! ¿A qué espera?

VALENTÍN.—No puede ser... Es una mujer casada.

COLETTE.—¡Ah! Pero ella, ¿quiere a su marido?

VALENTÍN.—No lo creo...

COLETTE.—Pues que se divorcie... ¡Nada, nada! Eso es lo mejor... Que se divorcie... Dígala usted que yo la defende- ré... Y en seguida se casan ustedes...

VALENTÍN. *(Muy respetuoso.)*—¿Le es a usted lo mismo que hablemos de otro asunto?...

COLETTE.—Mejor es que no hablemos de nada... Diga usted que entre una de las personas que esperan... No hay que hacerlas esperar demasiado...

VALENTÍN.—Ahora mismo. *(Abre la puerta del foro izquierda.)* ¿Quién está primero? *(Aparece Cecilia en el umbral. Valentín la deja pasar y vuelve a cerrar la puerta. A Colette.)* ¿Me necesita usted?

COLETTE.—No, no... Ahora, no. *(Vase Valentín por la izquierda. Cecilia se sienta.)*

ESCENA V

COLETTE y CECILIA.

COLETTE.—¿A quién tengo el honor de hablar, señora?

CECILIA.—Me llamo Cecilia Martel...

COLETTE.—Espere usted... ¿Cecilia Martel? Yo conozco ese nombre... Creo que me han escrito...

CECILIA.—Sí, señora... El señor Poincaré me ha recomendado...

COLETTE.—Justo... Aquí está la carta... Perdóneme usted... Si lo hubiera sabido, no la hubiese hecho esperar...

CECILIA. *(Ingenuamente.)*—Muchas gracias... Pero como ya no tiene remedio...

COLETTE.—El señor Poincaré me dice en su carta que se trata de un divorcio...

CECILIA.—Sí. Yo quería que se hubiese encargado de ello el señor Poincaré, porque es amigo de mi familia... Fué compañero de colegio de mi papá; pero al ir a verle me dió un beso y me dijo: "No tengo tiempo... Acaban de nombrarme presidente del Consejo"... No tenemos suerte con el señor Poincaré... Hace años, mi papá tuvo un pleito. Fué a ver al señor Poincaré para encargarle del asunto; pero el señor Poincaré le estrechó la mano y le dijo: "No tengo tiempo... Acaban de nombrarme presidente de la República."

COLETTE.—Sí. Desde hace treinta años va poco por el Palacio de Justicia. De todos modos, yo agradezco mucho al señor Poincaré que haya pensado en mí.

CECILIA.—Eso sí es verdad... No vaciló un minuto. Me escuchó y me dijo: "Cuánto siento no poder defenderla... El asunto es bastante malo... Para ganarlo hay que tener astucia, mala fe... hipocresía... Hace falta que sea una mujer la defensora... Afortunadamente, tenemos muchas abogadas. Vaya usted a ver a la abogada Colbert.

COLETTE.—¿Y se acordó de mi nombre de repente?

CECILIA.—De repente, sí, señora... Abrió un anuario que tiene, por orden alfabético, y como usted está en la C...

COLETTE.—¡Ah, ya!... ¿De modo que el asunto de usted es malo?

CECILIA.—Así parece...

COLETTE.—Bien, bien... Trataremos de hacer que parezca mejor...

CECILIA.—Muchas gracias...

COLETTE.—Dígame usted, ¿qué es ello?

CECILIA. *(Vacilando.)*—Pues... verá usted... Yo quiero divorciarme, que todas las culpas caigan sobre mi marido y que me pase una pensión de cinco mil francos mensuales...

COLETTE.—¿Cuánto gana su marido?

CECILIA.—Unos cien mil francos al año.

COLETTE.—Es usted un poco exigente.

CECILIA.—No, no... Es que no puedo vivir con menos de cinco mil francos mensuales.

COLETTE.—Bien... Ya veremos... Y... ¿verdaderamente todas las culpas son de su esposo?

CECILIA.—Todas... es mucho decir...

COLETTE.—Pero ¿por qué motivo pide usted el divorcio?

CECILIA.—No, si no soy yo... Es él quien lo pide.

COLETTE.—¿Y por qué quiere divorciarse él?

CECILIA.—Porque el otro día, al volver de un viaje, y p ser exactos, a eso de las cinco de la tarde, me encontró "toilette" de baño...

COLETTE.—¿Dónde?

CECILIA.—En nuestra casa.

COLETTE.—Eso no es grave... Digo, me parece...

CECILIA.—Es que en casa estaba un amigo nuestro... Q quiere usted... Mi marido no me avisó que vendría tan pr to... Debía estar en Burdeos dos o tres días más... La cul es suya...

COLETTE.—Pues si es eso todo lo que tiene usted que prochar a su marido...

CECILIA.—No, no... Hay más... Hay... que es calvo..., ha engordado mucho y que fuma demasiado.

COLETTE. *(Levantándose.)*—Mire usted, señora... Yo est muy atareada con asuntos mucho más serios que el de u ted... Coja usted el anuario y busque en la letra D, que e contrará otras compañeras más...

CECILIA. *(Aterrada.)*—¡Oh! ¿No quiere usted defenderm

COLETTE.—No tengo tiempo...

CECILIA. *(Llorando.)*—¡Ay, Dios mío!

COLETTE.—Pero ¿qué le sucede a usted? ¿Por qué llora?

CECILIA.—No... Si yo ya sé que lo mío es un poco difícil. Pero por eso precisamente la buscaba a usted...

COLETTE.—No, señora; no... Usted me ha elegido porqu el presidente del Consejo consultó antes el anuario por orde alfabético...

CECILIA.—Al principio, sí... Pero luego...

COLETTE.—Luego. ¿qué?

CECILIA.—Si usted supiera lo que me han dicho cuand anuncié que la elegía a usted por abogado.

COLETTE.—¿Qué le han dicho?

CECILIA.—¡Que me había salvado! Que usted es la únic que puede ganar este proceso... Que en los asuntos difícile es donde usted consigue mayores triunfos.

COLETTE.—¿Pero quién le ha dicho a usted eso?

CECILIA.—Todo el mundo.

COLETTE.—¡Todo el mundo!... *(Después de reflexionar.)* Bien, bien... Séquese usted las lágrimas... Cuando su marid la sorprendió a usted, ¿estaba solo?

CECILIA.—No... Iba con dos amigos...

COLETTE.—Eso es lo malo...

CECILIA.—El comisario de Policía y su secretario...

COLETTE.—Peor que peor... Y...¿no podía quedar lugar a duda?

CECILIA.—¡Ah! No, no... Ninguna duda...

COLETTE. *(Pasea pensativa.)*—Difícil... Muy difícil... Lástima que su marido no la haya asesinado... La causa hubiera sido interesantísima...

CECILIA.—Para mí, no.

COLETTE.—¡Claro! Es verdad, que es a usted a quien hay que defender... Mala causa es... Mala... Pero, en fin... Veamos. Sí... Esto es... Su marido será gordo, ¿verdad? Sí, sí, gordo... Muy gordo... Y fuma..., fuma demasiado... Su intimidad es de las más desagradables. Su contacto molesta...

CECILIA.—Yo no puedo decir eso.

COLETTE.—Pero yo, sí... Yo sí lo diré... Es un marido brutal, mal educado, lúbrico y obsceno, que impone violentamente sus órdenes a una débil mujer delicada y sensible...

CECILIA.—La digo a usted que exagera...

COLETTE.—¿Pero no ve usted que estoy defendiendo su causa?

CECILIA.—Sí, sí... Pero es que yo no puedo reprochar a mi marido nada... Y mucho menos eso de que sea un sátiro...

COLETTE.—¿No?

CECILIA.—No, señora... En todo caso, sería lo contrario...

COLETTE.—¡Ah! Entonces, las cosas varían... Es interesantísimo lo que usted me dice. Ya está la defensa... Frialdad... Indiferencia... Olvido de los deberes conyugales... Pero antes, dígame usted: **¿qué es lo que va a hacer su marido de** usted en Burdeos?

CECILIA.—Tiene allí una fábrica de gomas para los paraguas...

COLETTE.—¿Y va con frecuencia a Burdeos?

CECILIA.—Un par de días todas las semanas.

COLETTE.—¿Pero entonces usted se pasa la vida sola? ¡Ah! Muy bien. Muy bien... En el matrimonio, el cónyuge que olvida sus deberes, carga con todas las culpas.

CECILIA.—Una vez, que tuvo una huelga, se pasó allí un mes... Yo quise reunirme con él; pero me contestó por telégrafo que no valía la pena de ir.

COLETTE.—¿Por qué?

CECILIA.—Por la huelga. Podía haber disturbios...

COLETTE.—Pretextos... ¿Conserva usted ese telegrama?

CECILIA.—Sí, señora.

COLETTE.—Es preciso que me lo traiga usted. Menos mal... Menos mal... Este asunto puede ser bueno.

CECILIA.—¿Sí? Entonces ¿qué? ¿Acepta usted mi defensa?

COLETTE.—Acepto... Desde luego, acepto. Usted me es muy simpática y ya empiezo a odiar a su esposo. Ese hombre es un malvado... Se ve claramente que la abandona... Huye de usted... La impide que se reúna usted con él... Se opone a que sea usted madre... ¿Tiene usted hijos?

CECILIA.—No, señora.

COLETTE.—Estaba segura... ¿Qué más le da a ese caba ro que la nación carezca de hombres? ¿Qué más le da?

CECILIA.—¿Ese es el discurso que va usted a pronunci

COLETTE.—¡Claro! Son los argumentos...

CECILIA.—Ya ya... Comprendo... Para el discurso, e bien; pero la verdad es que a mí no me gustaría cuidar los hijos. Eso sí que no...

COLETTE.—Pero no lo diga usted.

CECILIA.—Pues bueno se pondría Nicolás.

COLETTE.—¿Nicolás? ¿Quién es Nicolás? ¡Ah, sí, él!... qué hizo ese caballero cuando les sorprendieron a ustedes

CECILIA.—Pues me dijo: "¡Bah, bah, bah! Tu marido, comisario, los gendarmes... Te has quedado sola invitar gente." Y no le he vuelto a ver.

COLETTE.—¿De modo que está usted sola?

CECILIA.—Figúrese usted... Y estoy tan aburrida, que tendría nada de extraño que...

COLETTE.—¡Ah! No... Hasta después del proceso, tiene u ted que ser formal.

CECILIA.—¿Cuánto tiempo durará?

COLETTE.—De seis a ocho meses. ¡Y si se deja usted so prender la segunda vez por su marido, el asunto ya no te drá compostura!

CECILIA.—Bien, bien... Yo tendré cuidado.

COLETTE.—Procure usted elegir siempre un hombre q tenga necesidad de ocultarse... ¿No lo comprende usted? U hombre casado. Pero, en fin, yo me meto en lo que no m importa. Ahora, vaya usted a buscar ese telegrama y l cartas que tenga usted de su marido. Todo ello me servi para estudiar el asunto. Hasta luego.

CECILIA.—¡Ay! No sabe usted lo agradecida que la esto

COLETTE.—¡Bah! Eso no vale la pena.

CECILIA.—Y la obedeceré a usted... Ya verá... Cuando s me presente una proporción, averiguaré si está casado...

COLETTE.—¡Pero hija, por Dios! No piense usted en esa cosas... *(Vase Cecilia.)*

ESCENA VI

COLETTE; luego, EDUARDO.

COLETTE.—¡Ah! El amor... La verdad es que no me expli co cómo se vuelven tan locas. Las cinco y cinco... Y yo qu tengo un arbitraje a las seis... *(Abre la puerta y llama si mirar.)* Que pase el primero... *(Una pausa. En seguida en*

tra Eduardo, con su sombrero en la mano, como si estuviera en visita.) ¿Eh? ¿Tú?... ¿Pero qué haces tú en la sala de espera?

EDUARDO.—Aguardar que me tocase el turno.

COLETTE.—No te entiendo.

EDUARDO.—¡Es que quiero verte!

COLETTE.—¿Y eras tú la otra persona que esperaba?

EDUARDO.—No... La otra persona sigue ahí fuera, esperando. Es un señor muy triste... Se ha quedado dormido, y he pasado antes que él.

COLETTE.—Bueno; pero ¿qué quiere decir esta broma, Eduardo? Vamos a ver.

EDUARDO.—No; no es una broma... Es que es el único medio que he encontrado para poder hablar tranquilamente contigo. ¿Cuánto tiempo concedes a cada uno de los clientes?

COLETTE.—Hombre, no sé... Según... Un cuarto de hora... Veinte minutos...

EDUARDO.—¡Veinte minutos! ¡Qué suerte! Y ¿cuánto cobras por las consultas?

COLETTE.—Doscientos francos.

EDUARDO.—Perfectamente... *(Saca dos billetes y los coloca encima de la mesa.)* Aquí los tienes.

COLETTE.—¡Tú estás loco!

EDUARDO.—No lo creas... Tengo que hablarte, y como todas las horas de tu vida pertenecen a tus clientes, yo me presento como cliente.

COLETTE.—Querido Eduardo, déjate de bromas. ¿No sabes que ahí está esperando un señor? Yo no tengo tiempo que perder. ¿No lo ves?

EDUARDO.—Tú no lo pierdes... Ya he pagado.

COLETTE.—Pero, Eduardo...

EDUARDO.—¿De modo que si yo fuera un desconocido, tú me concederías un cuarto de hora, y porque soy tu marido no puedes darme un solo minuto?

COLETTE.—Yo te escucharé luego... Esta noche...

EDUARDO.—No... Esta noche te pondrás a trabajar. Y yo, claro, me quedaré dormido. No, no... Yo quiero mi cuarto de hora; pero en seguidita, en seguidita... Ahora mismo.

COLETTE.—Bueno, hombre; lo que quieras... Ya te escucho... Siéntate.

EDUARDO.—¿Aquí?

COLETTE.—Sí. Ahí... Es el sitio de los clientes.

EDUARDO. *(Sentándose.)*—Gracias. *(Saca un papel del bolsillo.)* He hecho una lista, para que no se me olvide nada. Vamos a ver... El carbón. Este ya está arreglado.

COLETTE.—Bueno.

EDUARDO. *(Leyendo.)*—Victorina... ¡Ah! La cocinera se despedido.

COLETTE.—¿Por qué?

EDUARDO.—Porque ella siente el orgullo de su profes y aquí no tiene ocasión de lucirse...

COLETTE.—No te entiendo.

EDUARDO.—Es muy sencillo. A Victorina le gusta ser bien de comer, y aquí no es posible...

COLETTE.—¿Por qué?

EDUARDO.—Porque nosotros no sabemos comer. Un día entretienes con tus clientes hasta la una y media y se muerza a las dos. Al día siguiente, pides el almuerzo a doce. ¿Cómo quieres tú que los platos estén a punto sin ber nunca a qué hora hay que servirlos?

COLETTE.—Bien bien... Pues que busquen otra cocinera

EDUARDO.—No creas que es cosa fácil encontrar una b na cocinera.

COLETTE.—¿Qué más?

EDUARDO.—He pasado por casa de Panhard... No tend mos el coche hasta el sábado.

COLETTE.—¿No? Eso sí que es una catástrofe... Pero ¿p qué?

EDUARDO.—No sé... La magneto..., unas bielas.

COLETTE.—Bien, bien... *(Coge la lista.)* ¿Qué otra cosa? Gertrudis... ¿Gertrudis?

EDUARDO.—Más despacio, mujer, más despacio... Toda me quedan diez minutos. Escucha. Parece ser que tu Gertrudis te ha escrito tres veces y tú no la has contestado.

COLETTE.—Es posible.

EDUARDO.—Es seguro... Por eso me ha escrito ahora a n

COLETTE.—¿Está bien? ¿Sigue en Burdeos?

EDUARDO.—Sigue en Burdeos, sí; pero... está mal. Dice q de esta vez no sale y que está convencida de que se muer

COLETTE.—¡Pobre tía Gertrudis! Mira... Es preciso q vayas tú a verla.

EDUARDO.—Tú advierte que es tu tía...; mía no... Es he mana de tu madre.

COLETTE.—Es nuestra tía... Tú soy yo. Yo eres tú...

EDUARDO.—Eso habría que discutirlo...

COLETTE.—Discutir...

EDUARDO.—Sí... Y ahora no tengo tiempo... Ya no me qu dan más que cinco minutos... *(Leyendo la lista.)* "Servill tas." ¡Ah! Sí... No quedan en casa más que tres servilleta

COLETTE.—¿Qué servilletas?

EDUARDO.—Las de la mesa... No quedan más que tres.

COLETTE.—¿Y qué ha sido de las demás?

EDUARDO.—Están hechas un puro guiñapo.

COLETTE.—¡Ah!

EDUARDO.—Sí... Las servilletas se usan y se gastan... Pasa igual que con los manteles..., las sábanas... De tiempo en tiempo hay que reponer estas cosas...

COLETTE.—Bueno, bueno... Compra lo que haga falta. ¿A qué esperas? ¿Necesitas dinero? *(Hace un movimiento.)*

EDUARDO.—¡Oh! No te molestes.

COLETTE.—Entonces, ¿por qué me hablas de esas cosas?

EDUARDO.—Para que estés enterada... A mí me ha parecido que una cocinera que se despide y un poco de ropa blanca que hay que comprar... son cosas que deben interesar a una señora de su casa... ¿No lo crees tú así?

COLETTE.—Desde luego; pero yo estoy tan ocupada... Tengo tantos asuntos..., tan graves..., tan importantes...

EDUARDO.—La casa es un asunto importantísimo...

COLETTE. *(Sonriendo.)*—Advierte que me hablas con una seriedad a la que no me tienes acostumbrada.

EDUARDO.—No es seriedad... Es que estoy cansado. Sí... Cansado... Me parece que es Montaigne el que refiere que un anciano filósofo, fatigado de la hostilidad de las cosas y de la maldad de las gentes, puso un día fuego a la aldea en que vivía... Yo he pensado hacer lo mismo; pero como vivo en París, mi determinación adquiriría las proporciones de una gran catástrofe. *(Muy dulcemente.)* Me parece que, para simplificar, lo mejor sería que yo te asesinara.

COLETTE.—¿Eh?

EDUARDO.—O que me suicide yo... Y que mate a la doctora... En una palabra: realizar un acto definitivo y sensacional.

COLETTE.—Pero ¿por qué, hombre, por qué?

EDUARDO.—Porque no te veo nunca y porque esto ya es demasiado.

COLETTE.—Vamos, vamos... Acabemos ya con esta broma de mal gusto. Tú has venido aquí en cliente... Me has dado doscientos francos y he recibido gustosa la forma humorística de esta pequeña lección. Pero no hay que exagerar... Me parece que nos vemos todos los días.

EDUARDO.—Sí. Todos los días... Un minuto... Nos decimos ¡adiós! de pasada. Nos damos un beso distraídamente. Tú no me escuchas cuando te hablo... ni cuando te abrazo...

COLETTE.—¡Eduardo!

EDUARDO.—Desde hace un año sólo hemos pasado juntos tres días, y eso porque te encontrabas enferma. El 14, 15 y 16 de septiembre. Ya ves que recuerdo las fechas.

COLETTE.—Yo también. Fué el día que se falló el pleito de Romorán. Estuve hablando once horas seguidas y caí enferma...

EDUARDO.—No sabes lo contento que me puse.

COLETTE.—¿Eh?

EDUARDO.—Sí. Me apenaba verte enferma; pero al mis tiempo pensaba: "Gracias a Dios... Por fin voy a poder s tener con mi esposa una conversación algo seguida..." Pe sí, sí... Te recetaron el descanso y reposo de las cuerdas cales y te prohibieron abrir la boca en tres días. Fué compañerita, la doctora Magdalena Kramen, la que lo puso así...

COLETTE.—En primer lugar, Magdalena no es compañ mía... Ella es doctora en Medicina.

EDUARDO.—Para mí todas las mujeres que desempeñan oficio de hombres son compañeras... Yo las coloco a to en la misma categoría...

COLETTE.—Eres muy amable. Ya sé, ya sé que tú no si tes más que indiferencia por mi carrera...

EDUARDO.—Nada de eso; pero fijate bien en mí... Yo un hombre corriente..., si quieres... Tengo una fortuna diana, una mediana inteligencia, no soy feo ni guapo. No he especializado en nada y por eso no llamo la atención nada...; pero estoy tan ocupado como tú, aunque mis ocu ciones sean distintas. Para ser feliz completamente necesi ría que mi esposa compartiera mis gustos y mis placere y que de vez en cuando pudiéramos cambiar nuestras mut impresiones.

COLETTE. *(Emocionada.)*—Sí... Es verdad... Abrázar Eduardo. Tú eres el hombre más bueno del mundo... Est segura. Tú serías el marido ideal para una mujer que tuviese nada que hacer. Toma... Guárdate tus doscien francos, porque... a mí me gusta también mucho que char mos los dos.

EDUARDO.—¿De veras?

COLETTE.—¿Qué hiciste ayer noche, dime?

EDUARDO.—¿Anoche? Estuve en el cine.

COLETTE.—¿Era bonita la cinta?

EDUARDO.—Magnífica. La vida amorosa de Elena de Spa ta... Ya sabes... La bella Elena... Preciosa.

COLETTE.—A propósito de cines... Me recuerdas que ten un arbitraje a las seis... Se trata de una casa de películas Voy a llegar tarde... ¿Tienes algo que hacer ahora?

EDUARDO.—No.

COLETTE.—Entonces vas a llevar esa ropa al modisto. D los arreglos que tiene que hacer... Ya has visto cómo está.

EDUARDO.—Sí, sí... Las mangas. *(Imitando los ademane*

COLETTE.—Eso es... Di que las ensanche quince o vein sentímetros. ¿Qué? ¿Estás contento?

EDUARDO.—Muy contento.

ARTURO. *(Entrando.)*—La doctora Kramer...

COLETTE.—Que pase... Que pase en seguida. *(Vase Arturo.)*

EDUARDO.—Hacía mucho tiempo que la doctora no nos molestaba con sus visitas.

COLETTE.—Ya sé que no te es simpática mi amiga Magdalena.

EDUARDO.—No... Desde luego... Y su marido menos. A mí no me gustan las mujeres que trabajan ni los hombres que se divierten.

ESCENA VII

COLETTE, MAGDALENA y EDUARDO.

MAGDALENA.—Buenos días, amigos míos. *(Se besan.)*

EDUARDO.—Hola, señora doctora.

MAGDALENA.—Mala cara tiene usted, Eduardo...

EDUARDO.—¿Mala cara? Pues estoy muy contento y soy muy dichoso.

COLETTE.—Sí; pero llegas a punto... Debías reconocerle.

EDUARDO.—¡Antes la muerte!

MAGDALENA.—¿Por qué? Justamente ahora tengo tiempo... *(A Colette.)* ¿De qué se queja? ¿Del hígado? ¿De los riñones?

COLETTE.—Sí, sí... Reconócele...

MAGDALENA.—Vamos a ver. *(Reconociéndole.)* ¿Dónde siente usted el dolor? ¿Aquí? ¿Aquí? ¿Le han analizado a usted la sangre?...

EDUARDO.—No, no, señora... *(Dominándose.)*

MAGDALENA.—Hágasela usted analizar y lléveme el análisis...

EDUARDO.—Eso es... Se lo llevaré un día que vayamos a tomar el te en su casa...

MAGDALENA.—Yo no doy tes. Ya lo sabe usted. Vaya usted a verme a mi gabinete de consulta para que yo pueda reconocerle bien.

EDUARDO.—¡Será delicioso!

MAGDALENA.—Entretanto ponle a régimen, ¿sabes? Pescados blancos, verduras, agua...

EDUARDO. *(Desde la puerta contemplándolas.)*—Y el caso es que... es muy bonita... No, no, las dos..., las dos son bonitas... ¡Qué lástima!

MAGDALENA. *(Saca su carnet.)*—Pasado mañana le espero a usted con el análisis..., a las seis... Es mi hora de consulta.

EDUARDO.—No iré...

MAGDALENA.—¿Por qué?

EDUARDO.—Porque si necesito que me reconozcan, me re
nocerá un señor viejo y calvo con levita y gafas. ¿Compr
de usted? Un doctor. Vamos, lo que yo creo que es un d
tor... Ya lo sabe, amiga mía: a los pies de usted. *(Vc
furioso.)*

ESCENA VIII

COLETTE y MAGDALENA.

MAGDALENA. *(Asombrada.)*—¿Qué le pasa a tu marido?

COLETTE.—Que no le gustan las mujeres que trabajan... quisiera que yo le acompañase al cine y a paseo...

MAGDALENA.—Pero, entonces, Eduardo, ¿no tiene nada q hacer?

COLETTE.—De sobra lo sabes.

MAGDALENA.—Ya sé que es rico; pero mi marido es r también y me deja trabajar tranquilamente. El tiene su c sino..., sus partidas de juego..., sus distracciones...

COLETTE.—¿Cómo? ¿Sus distracciones? ¿Pero tu marido engaña?

MAGDALENA.—Afortunadamente. ¿No ves que yo estoy oc padísima el día entero?... A mí me conviene que se distr ga. Lo único que le tengo dicho es que use un nombre s puesto para sus aventuras... ¿Comprendes? Podría perju carme a los ojos de la clientela. Y he sabido que con s amigas se hace llamar el conde de Pauli. ¿Por qué no acc sejas tú a tu esposo que se busque una distracción?

COLETTE.—Pues mira, es una idea que...; la verdad... se me había ocurrido.

MAGDALENA.—Piénsalo... Es muy práctico.

COLETTE.—Eso depende del marido... Yo tengo la segu dad de que Eduardo es incapaz de engañarme. Mi mari me quiere.

MAGDALENA.—El mío también me quiere; pero yo no pue hacerle caso.

COLETTE.—A mí no me parece tan natural.

MAGDALENA.—Tú eres demasiado exigente y demasiado c gullosa... No es posible ser a un tiempo eminencia y muj de su casa. Hay que elegir.

COLETTE.—¿Pero has venido para darme un curso de filos fía conyugal?

MAGDALENA.—No... He venido para llevarte a dar un p seo. Tenía una consulta a las siete; pero me han dicho q

el enfermo no ha podido esperar y ha muerto... Es una suerte. Así podré tomar un poco el aire.

COLETTE.—Yo tengo un arbitraje a las seis... Y ya son. Me voy...

MAGDALENA.—Te llevo.

COLETTE.—Te lo agradezco, porque no tengo coche... *(Abre la puerta y llama.)* ¡Valentín!

VALENTÍN. *(Entrando.)*—¿Llamaba usted? Buenas tardes, señora doctora.

COLETTE.—Me voy. Luego vendrá una joven, la señora de Poucel, que traerá unas cartas. Dígala que me espere. Vendré dentro de una hora.

VALENTÍN.—Todavía hay un señor esperando en el salón.

COLETTE.—¡Ay! Es verdad... Pero es igual, porque creo que está durmiendo.

VALENTÍN.—Acaba de despertarse y pregunta si le recibirán hoy.

COLETTE.—¿Sí? Pues recíbale usted... Yo estoy harta... Deme usted el abrigo.

VALENTÍN.—¿El abrigo? *(Le ayuda a ponérselo.)*

COLETTE.—¿Pero qué es eso? ¿Sigue usted en las nubes? *(A Magdalena.)* Aquí le tienes... Está enamorado.

VALENTÍN.—¡Por Dios, señora!

MAGDALENA.—Pues si está enamorado no cumplirá con su obligación.

COLETTE.—Ya puedes asegurarlo...

MAGDALENA.—¿Y de quién se ha enamorado?

COLETTE.—De una casada... *(Magdalena y Colette vanse.)*

ESCENA IX

VALENTÍN y RASTABUL.

VALENTÍN. *(Valentín, solo, suspira, recoge la toga y la abraza; después la mete en la caja.)* ¡Su toga! *(La aspira con amor.)* No... Su perfume no, porque no se la ha puesto todavía— *(Abre la puerta.)* Pase usted, caballero... ¿Oye usted?... Que puede pasar... ¿Qué espera usted?

RASTABUL. *(Entrando.)*—¿Qué espero? Llevo aquí cinco horas y me pregunta usted qué espero. Espero que me reciban, caballero.

VALENTÍN.—Pues ya está usted recibido... Siéntese... ¿De qué se trata?

RASTABUL.—Pero... es que me habían dicho que el abogado era una señora.

VALENTÍN.—Y es una señora... ¡Vaya! ¡Y qué señora!

RASTABUL.—Pues a quien yo quiero hablar es a ella.

VALENTÍN.—Eso no es fácil... No se habla así como a con ella... Le recibo yo... y ya está bien.

RASTABUL.—¡Ah! ¿Y quién es usted? ¿Su marido?

VALENTÍN.—No, señor... ¡Por desgracia! Soy el secretario... Siéntese... Le escucho.

RASTABUL.—Es que lo que tengo que decirla es tan confidencial.

VALENTÍN.—Es lo mismo... Lo que usted la dijera hoy, me lo diría ella mañana.

RASTABUL.—Le advierto a usted que traigo aquí una carta de recomendación... *(Se la da.)*

VALENTÍN.—¿De quién es?

RASTABUL.—De Martín *Ojo de Tigre*, el apache que mató a una portera a martillazos y salió absuelto.

VALENTÍN.—¡Ah! Sí... Es verdad... Un crimen pasional ¡Qué defensa hicimos!... ¿Y le presenta a usted? Es una excelente recomendación... Veamos. ¿a quién ha matado usted?

RASTABUL.—Yo no he matado a nadie, caballero. Me llamo José Rastabul, y mis relaciones con ese joven apache son recientes y accidentales. Anoche, al llegar a mi casa, le sorprendí en el momento que trataba de robar... Nos pusimos de charla y me refirió su vida, sus crímenes... ¡Cómo me habló de esta señora Colbert, su abogada! ¡Con cuánta gratitud! Y como a mí me hace falta un abogado le pedí unas líneas de recomendación.

VALENTÍN.—Perfectamente... Puede usted hablar.

RASTABUL.—Verá usted... Yo estoy enamorado.

VALENTÍN.—Como si lo viera... Está usted enamorado y no le corresponden...

RASTABUL.—Sí, señor, me corresponden.

VALENTÍN.—¡Ah! Tiene usted más suerte que yo... Porque yo también estoy enamorado; pero sin esperanza. Y no puede usted figurarse lo que sufro...

RASTABUL. *(Dulcemente.)*—¿Pero entonces he estado esperando cinco horas para escuchar a usted sus historias de amor?

VALENTÍN.—Tiene usted razón. Hable usted...

RASTABUL.—Seré breve... Quiero a una joven, he pedido su mano, me la han concedido; pero me han impuesto una condición. Tengo que aportar 150.000 francos para interesarlos en los negocios de mi suegro futuro, que van bastante mal.

VALENTÍN.—Comprendo. ¿Usted quiere entablar un pleito contra su futuro suegro?

RASTABUL.—Nada de eso. A mí no me importa perder esos

150.000 francos. En primer lugar porque no los tengo, y luego porque mi novia merece eso y mucho más.

VALENTÍN.—Entonces...

RASTABUL.—Déjeme usted hablar... Estoy aquí para hablar yo... Mire usted: desde hace quince años soy cajero de la casa Bullón. El señor Bullón me quiere mucho y me ha ofrecido un legado de 150.000 francos a la hora de su muerte.

VALENTÍN.—Ya sé... Usted no ha tenido paciencia para esperar y le ha asesinado usted... Es un asunto vulgar.

RASTABUL.—No, señor... Le he dicho a usted que yo no he matado a nadie. El señor Bullón se ha muerto ayer, sin que yo haya intervenido en su fallecimiento para nada.

VALENTÍN.—¡Ah!

RASTABUL.—Al enterarme, como yo tenía las llaves de la caja, abrí el testamento y ¿a que no sabe usted lo que me encontré? Pues me encontré con que Bullón no me deja más que 40.000 francos.

VALENTÍN.—¡Hola!

RASTABUL.—Figúrese usted mi indignación y mi desesperación. ¡Cuarenta mil francos!... Me quedo sin Isabel, porque no me conceden su mano si no aporto los 150.000 francos.

VALENTÍN.—¡Ya, ya! ¿Y qué quiere usted que hagamos nosotros?

RASTABUL.—¿Cómo? Yo quiero que me defiendan ante los Tribunales.

VALENTÍN.—¡Oh! ¡Los Tribunales!... ¡Si usted supiera!

RASTABUL.—Yo quiero los 150.000 francos... Necesito los 150.000 francos. Le digo a usted que el señor Bullón me los ha prometido delante de testigos... Estaba su cocinera, Eulalia, que es sorda, y el señor Morcel, que falleció hace un año...

VALENTÍN.—Bien, bien... Usted lo que quiere es impugnar un testamento sin una sola línea escrita del difunto...

RASTABUL.—Exactamente.

VALENTÍN.—Pues hemos hecho muy bien en ahorrar la visita a la señora Colbert, porque a la señora Colbert no le gusta que se burlen de ella.

RASTABUL. *(Apurado.)*—Yo no me burlo de nadie, caballero..., se lo aseguro. Yo creo de buena fe que tengo derecho a reclamar.

VALENTÍN.—Está usted equivocado. No tiene usted ningún derecho.

RASTABUL.—¿Ninguno? ¡Todo esto es espantoso! Usted está enamorado también... Usted debe comprender mi situación. Hace tres años que Isabel y yo esperamos esta herencia. A mí me mata este golpe.

VALENTÍN. *(Compasivo.)*—Crea usted que lo siento... Le

compadezco a usted. Pero ¿no habrá error? ¿La letra d testamento está clara? ¿Los cuarenta mil francos están cifra o con todas sus letras?

RASTABUL.—No, no... En cifra. Un cuatro y cuatro cer después. Estoy seguro... Los he contado bien.

VALENTÍN.—¡Mala suerte! Porque si hay un cero más. Cinco ceros en vez de cuatro... Entonces serían cuatrocie tos mil francos.

RASTABUL.—¡Una friolera! Daba los ciento cincuenta m a mi suegro y me quedaban doscientos cincuenta mil par vivir tranquilamente con mi mujer...

VALENTÍN.—Dos vidas rotas... Total por un cero... Por u simple cero...

RASTABUL.—Que podría habérsele olvidado poner.

VALENTÍN.—¿Qué edad tenía el señor Bullón?

RASTABUL.—Ochenta y dos años.

VALENTÍN.—¡Ah! Entonces es que se le ha olvidado pone el cero...

RASTABUL.—No crea usted, que bien pudiera ser... En la cartas que escribía últimamente dejaba siempre las palabra sin terminar. Discretamente yo, al repasarlas, agregaba la sílabas que había olvidado... *(Una pausa.)* Si yo agregas en el testamento un cero..., un simple cero...

VALENTÍN.—¡Hombre!

RASTABUL.—¿Qué? Un cero...

VALENTÍN.—¿Qué cero?

RASTABUL.—El cero que se le olvidó poner...

VALENTÍN.—Mire usted... Ese sería un pleito interesante.

RASTABUL.—¿Un pleito?

VALENTÍN.—¿Qué fortuna ha dejado el señor Bullón?

RASTABUL.—Setecientos mil francos.

VALENTÍN.—¿Tiene herederos?

RASTABUL.—Dos sobrinos.

VALENTÍN.—Sería un pleito muy interesante. Los sobrinos impugnarían el testamento.

RASTABUL.—¡Eso sí!

VALENTÍN.—Desde luego... Protestarían...

RASTABUL.—Todo eso sería muy molesto.

VALENTÍN.—Pero nosotros nos defenderíamos.

RASTABUL.—¿Usted cree?

VALENTÍN.—¡Digo! Y es casi seguro el éxito. ¡El pleito le ganaríamos!

RASTABUL.—Entonces yo no debo dudar.

VALENTÍN.—¿Eh?

RASTABUL.—¡Claro! Mi deber es agregar el cero que falta... Nunca le agradeceré bastante al apache que me haya recomendado a esta casa. Ahora mismo voy a reparar el ol-

ido del señor Bullón. Un cero... Ya lo ve usted. Un simple ero... ¿Cuánto debo pagar?

VALENTÍN.—Ya se le pondrá la minuta. Esto no tiene importancia.

RASTABUL.—No sabe usted lo contento que me voy... Gracias a usted podré casarme con Isabel y seré feliz... Feliz... Hasta la vista, caballero...

VALENTÍN.—Vaya usted con Dios... *(Vase Rastabul.)*

ESCENA X

VALENTÍN; luego, ARTURO; después, CECILIA.

VALENTÍN.—¡Ah! El amor... ¡Las cosas que hace el amor! En fin..., trabajemos ¿Dónde he puesto yo el Diccionario de la Rima? *(Abre un expediente.)*

ARTURO.—La señora Poncel...

VALENTÍN.—¿Eh?

ARTURO.—La señora Poncel...

VALENTÍN.—¡Ah! Sí... Que pase... *(Arturo introduce a Cecilia y vase.)* Buenas tardes. La señora Colbert ha tenido que salir; pero ha dejado dicho que la espere usted. Yo soy su secretario... Tome usted asiento...

CECILIA.—Gracias. *(Cecilia se sienta lejos de Valentín. Este escribe.)*

VALENTÍN.—Yo creo que me ha salido muy bien... A ver, señora... Dígame usted si esto está bien

"¿No fijarás en mí tus ojos compasivos?
¿No querrás ver que estoy, como siempre, a tus pies?
Soy el pobre gusano que contempla una estrella,
la sombra que te sigue y será siempre fiel."

CECILIA.—¿De veras?

VALENTÍN.—No me ha salido mal, ¿verdad?

CECILIA.—¡Vaya, es muy bonito!

VALENTÍN.—¿Sí?

CECILIA.—Eso del gusano es muy gracioso.

VALENTÍN.—Es una imagen...

CECILIA.—Está muy bien.

VALENTÍN.—Pues verá usted estos...

"Tus cabellos son negros y tus manos son blancas."

CECILIA.—No... Eso no es verdad.

VALENTÍN.—¿Eh?

CECILIA.—¡Claro! Yo soy rubia... ¿No se ha fijado ust
VALENTÍN.—¡Si no se trata de usted, señora!
CECILIA. *(Decepcionada.)*—¡Ah!
VALENTÍN.—No, señora... Yo quiero ver si estos ver conmueven a una mujer, a la mujer que yo adoro y que se parece a usted...
CECILIA.—Comprendido.
VALENTÍN.—Si usted se encontrara estos versos en su b so... ¿Qué pensaría usted?
CECILIA.—Pensaría que pierde usted el tiempo inútilmen Si cada vez que un hombre quiere a una mujer tuviera torturarse el cerebro como usted..., no se llegaría nunca nada práctico.
VALENTÍN. *(Compasivo.)*—Eso depende de la mujer... P done usted, señora... Voy a continuar en mi despacho...

ESCENA XI

CECILIA; luego, EDUARDO.

(CECILIA, *sola. Abre un periódico.* EDUARDO *entra en esce con sombrero, gabán al brazo y bastón.)*
EDUARDO. *(Buscando la caja.)*—¿Dónde han dejado la ca del modisto?
CECILIA.—Buenas tardes, caballero.
EDUARDO. *(Saludando sorprendido.)*—Señora...
CECILIA.—¿Usted es el caballero que estaba antes esp rando en el salón?... ¿Esperaba usted a la abogada?... ¿A señora Colbert?
EDUARDO.—¿Que si la esperaba? Ya lo creo. La estoy e perando desde hace siete años.
CECILIA.—¡Ah! ¿Es un pleito grande el que usted tiene?
EDUARDO.—Como que no se le ve el fin.
CECILIA.—¡Bah! No se apure usted. Con una defensor como la señora Colbert, usted ganará el pleito.
EDUARDO.—¡No estoy yo tan seguro!
CECILIA.—¿No está usted contento de ella?
EDUARDO.—No mucho.
CECILIA.—Me asombra usted. A mí me ha hecho una im presión excelente. Es una mujer de talento. Y además, boni ta, muy bonita.
EDUARDO.—Sí... Es verdad. Muy bonita.
CECILIA.—¿Por qué habrá querido ser abogada? Yo l comprendería si se tratase de una mujer fea..., que no tu viese quien la mirase a la cara... Pero la señora Colbert...
EDUARDO.—Pienso lo mismo que usted.

CECILIA.—A lo mejor es una mujer desengañada... Hay ujeres que se ven obligadas a ganarse la vida por culpa de n desengaño. Se habrá casado con algún holgazán, un imbé- l o un sinvergüenza, que la hará trabajar a la fuerza para astarse el dinero que ella gana... Yo no me lo explico de tro modo.

EDUARDO. *(Aparte.)*—(¡Qué agradable es oír estas cosas!) *Alto.)* Se engaña usted, señora. El marido de la señora Col- ert es una persona decente...

CECILIA.—¿Le conoce usted?

EDUARDO.—¡Muchísimo!

CECILIA.—Entonces no lo comprendo. A mí me gusta que s mujeres sean mujeres...

EDUARDO.—Y a mí... A mí también...

CECILIA.—Antes de conocer a la señora Colbert me daba gual... ¿Comprende usted? Una abogada para mí es un ombre... Pero luego ví que entendía mi pleito a las mil ma- avillas... Y no era fácil defenderme... Porque se trata de n divorcio... Mi marido me sorprendió... Pero usted perdo- e, le estoy contando estas cosas... Y... ¿Viene usted tam- ién para un divorcio?

EDUARDO.—No, no... Yo vengo por varias cosas... Un auto ue no marcha, una cocinera que se va, una tía que se quie- e morir...

CECILIA.—¡Ah! Ya... Se trata de muchas cosas...

EDUARDO.—¡Oh! ¡Muchas!

CECILIA.—¡Claro! Pero muy complicado... Un asunto que ura ya siete años...

EDUARDO.—Dígame... ¿Por qué ha engañado usted a su marido?

CECILIA.—Verá usted... Al principio porque creí que me gustaba otro; pero después de hablar con la señora Colbert, ya sé la verdadera razón.

EDUARDO.—¿Sí?

CECILIA.—Sí, señor, sí... He engañado a mi marido porque no se ocupa de mí, porque trabaja demasiado en sus cosas, porque no quiere dar hijos a la patria... En el matrimonio parece ser que el que abandona sus deberes es el responsa- ble de todas las culpas.

EDUARDO.—¡Hola! ¿Y ha sido la señora Colbert la que la ha dicho a usted esas cosas?

CECILIA.—Sí, señor... Yo he reflexionado después y veo que es verdad... Mi marido trabajaba demasiado y yo me aburría. Crea usted que yo no hubiera pensado nada malo nunca si no me hubiese dejado siempre sola. Pero, qué quie- re usted. Yo sola a paseo, sola al teatro, sola de visita... No es nada agradable...

EDUARDO. *(Convencido.)*—No es agradable; no, señor. Afortunadamente ahora, para no estar ya tanto tiempo s buscó usted una compañía.

CECILIA.—¡Ca! No, señor... Me ha dejado plantada. tengo suerte... Este ha hecho lo que los demás. Y créame ted... Me aburro... Si usted supiera lo que me aburro... necesito tener alguien al lado para charlar, para pasa agradablemente... Mire usted, anoche estuve en un cine vi do una película preciosa... Me hubiera gustado tanto te al lado un hombre al que quisiera...

EDUARDO.—¿Qué película vió usted?

CECILIA.—Don Q, hijo de Zorro.

EDUARDO.—¡Ah! No estábamos en el mismo.

CECILIA.—¿Usted también fué al cine anoche?

EDUARDO.—Sí... Pero solo también.

CECILIA.—Si lo hubiésemos sabido... Y al salir del ci ¿qué hizo usted?

EDUARDO.—Me fuí a tomar un helado.

CECILIA.—Yo me hice chocolate en casa.

EDUARDO.—¿A media noche?

CECILIA.—¡Vaya! A mí me gustan mucho las cosas de c cina. Yo he nacido para ser mujer de mi casa. Si me n biera casado con un hombre que se ocupara de mí un poc a mí no se me hubiera ocurrido nada malo... Pero, ¡clar tener limpia y cuidada una casa donde no viene nadie. Acaba una por buscar a cualquiera.

EDUARDO.—Es verdad... Y cuando no quedan más q tres servilletas, va usted misma a comprar más...

CECILIA.—Yo no espero a que me queden más que tres... no voy a los comercios de lujo, sino al almacén donde l compro más baratas. *(Eduardo la contempla largament Luego, muy despacio, se aproxima y la abraza.)*

CECILIA. *(Sorprendida, pero sin protestar.)*—¡Eh! Per caballero..., ¿qué le ha pasado a usted?

EDUARDO.—Nada... Que me gusta usted. Que la quiero ya.

CECILIA.—¿Eh?

EDUARDO.—Sí, señora... Que la quiero a usted.

CECILIA.—Tiene gracia esto...

EDUARDO.—¿Cómo se llama usted?

CECILIA.—Cecilia Poncel.

EDUARDO.—¡Delicioso! Cecilia Poncel... Un nombre y u apellido sencillos, burgueses... familiares...

CECILIA. *(Desconfiada.)*—¿Se burla usted de mí?

EDUARDO.—¿Yo? No lo crea usted. La escucho... La sabo reo. Hace siete años que no oigo nada parecido... Por fin ve una mujer que es una verdadera mujer... Una compañera modesta, sin inteligencia, sumisa...

CECILIA.—¿Qué dice usted?

EDUARDO.—No se incomode. Aunque usted no lo crea, lo que la digo es un piropo... Voy a decirle a usted por qué la quiero ya. La quiero porque usted no es un ser superior, porque usted no es un gran hombre. Y nada, nada... Que lo que me está haciendo a mí falta es una mujer como usted. Yo también estoy condenado a ir solo al cine... A mí también me han abandonado... Ya verá usted... Iremos juntos al teatro y tomaremos juntos el chocolate a media noche... A mí me gusta con delirio el chocolate... y usted... Y usted también me gusta...

CECILIA.—Perdone usted, caballero; pero... antes yo necesito... No es que me desagrade usted, nada de eso... Es que... Cómo se llama usted?

EDUARDO.—Toma... Pues es verdad... Pero escuche usted... Yo no puedo decirla ahora mi nombre... Más adelante...

CECILIA. *(Muy alegre.)*—¿De veras?... Eso me gusta.

EDUARDO. *(Sorprendido.)*—¿Cómo?

CECILIA.—Sí, sí... Veo que adopta usted sus precauciones... Dígame. ¿Es usted casado, por casualidad?

EDUARDO.—Sí, vida mía, sí... Soy casado.

CECILIA.—¡Ay! Cuánto me alegro... Porque la señora Colbert me recomendó mucho que eligiera siempre hombres casados.

EDUARDO.—¡Ah! Ha sido la señora Colbert la que la recomendó...

CECILIA.—Sí.

EDUARDO.—Pues, nada, nada... Hay que obedecer a la señora Colbert... Venga usted...

CECILIA. *(Obedeciéndole maquinalmente.)*—¿Dónde?

EDUARDO.—No lo sé... Pero nos vamos... *(Mira al reloj.)* Son las siete menos cinco... Cenaremos juntos.

CECILIA.—¿No espera usted a la abogada?

EDUARDO.—Yo no.

CECILIA.—Yo tengo que darle unos documentos...

EDUARDO.—Pues métalos usted en este sobre... *(Coge uno de la mesa.)*

CECILIA.—Se ve que conoce usted bien la casa.

EDUARDO.—Figúrese usted... Desde hace siete años. Escriba usted: "Para la señora Colbert. Urgente." *(Cecilia escribe.)* No, no... Colbert con V. *(Aparte.)* (No tiene ortografía. Es el colmo de la felicidad.) *(Alto.)* Y ahora... Salga usted primero... No conviene que nos vean salir juntos...

CECILIA. *(Un poco azorada.)*—Sí. sí... Como usted quiera.

EDUARDO.—Tome usted un taxi y espéreme abajo...

CECILIA.—Qué prudente es usted y qué bien toma sus pre-

sauciones. Decididamente, usted es el hombre que yo n
sito.

EDUARDO. *(Encantado.)*—Una mujer que me admira... b
me había sucedido nunca... Deme usted otro abrazo y sa
usted... La quiero... La quiero...

CECILIA.—Yo creo que también... también le voy a que
a usted... *(Vase Cecilia.)*

EDUARDO. *(Solo. Se pone el gabán y el sombrero... Toca
timbre.)*—Una mujer sin inteligencia... ¡Qué suerte! *(En
ARTURO.)* Arturo, usted llevará esa ropa al modisto...
cuando la señora venga, la dice usted que yo no ceno
casa.

ARTURO. *(Asombrado.)*—¿Cómo?

EDUARDO. *(Autoritario.)*—¡Que no ceno en casa! *(S
muy erondo y alegre haciendo molinete con el bastón.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Quince días después. Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

COLETTE, sola; luego, ARTURO; después, VALENTÍN.

COLETTE. *(Escribe. De vez en cuando se levanta. Repite en voz baja y gesticulando algunas frases, como si ensayara un discurso. Vuelve a sentarse. Suena el teléfono.)*—¿Quién? Sí, sí... Soy yo... ¡Ah! Querido compañero... ¿Cómo está usted? Ya sé que usted defiende a la parte contraria... Lo siento, porque estoy segura de ganar... Ya verá usted cómo le condenan... ¿Qué? ¿Cenamos juntos mañana en casa del Presidente? ¿Le han invitado a usted también? Me alegro...

Allí nos veremos... Hasta mañana, querido compañe... Adiós. *(Deja el teléfono. Pausa. Va a la derecha, abre puerta y llama.)* .Eduardo... *(Nadie responde. Vuelve a rrar.)* Es incomprensible... Inaudito... Eduardo... No s de mi asombro... *(Toca el timbre y se sienta visiblem preocupada.)*

ARTURO. *(Entrando.)*—¿La señora ha llamado?

COLETTE.—¿Está bien el reloj?

ARTURO.—Sí, señora. Marcha perfectamente.

COLETTE.—¿El señorito no ha venido aún?

ARTURO.—No, señora.

COLETTE.—¿Qué tenía yo que decirle a usted? ¡Ah! ¿H alguien esperando en el salón?...

ARTURO.—No, señora, nadie.

COLETTE.—Bien, bien... Retírese... *(Vase Arturo. Col vuelve a la mesa y se dispone a revisar un expediente.)* pia de la sentencia... ¡Bah!... Entre los abajo firmante *(De pronto coge un papel que se desprende.)* "¿No fijarás mí tus ojos compasivos?" Pero esto son versos... ¿Eh? Vay Es letra de Valentín... Y son versos... No cabe duda... *levanta y va a la puerta de la izquierda.)* ¡Valentín!

VALENTÍN. *(Dentro.)*—Señora...

COLETTE.—Haga usted el favor... *(Descontenta.)* ¡Vam Qué falta de seriedad... Mezclar los versos con los ex dientes...

VALENTÍN. *(Entrando.)*—Señora...

COLETTE. *(Enseñándole la hoja de papel.)*—¿Qué es es

VALENTIN.—¿Eso? Versos.

COLETTE.—¡Ya! ¡Ya! Versos de amor.

VALENTÍN.—Sí, señora.

COLETTE.—Comprenderá usted que se está usted ponien imposible.

VALENTÍN.—¡Señora!...

COLETTE.—Está usted enamorado... Escribe versos... D de luego, está usted en su derecho... Ahora, lo que no puede tolerar es que los versos anden rodando entre los p peles de los Juzgados... Diga usted de una vez su amor la dama de sus pensamientos, y procure usted trabajar s riamente.

VALENTÍN.—¡Ojalá! Pero es que ella se enfada.

COLETTE.—Muy bien. Pues si se enfada, ya sabe usted qué atenerse. *(Le da el papel.)*

VALENTÍN. *(Cogiéndole.)*—Pero... ¿es que no le gustan usted mis versos?

COLETTE.—No me he molestado en leerlos...

VALENTÍN.—Es que eran para usted.

COLETTE. *(Sorprendida.)*—¿Para mí?... Pero, ¿está usted loco? Eso no es posible...

VALENTÍN.—Sí, señora. Es posible.

COLETTE.—Pero... entonces... ¿es de mí de quien está usted enamorado?

VALENTÍN.—Sí, señora.

COLETTE.—¿Y tiene usted el tupé de decírmelo?

VALENTÍN.—Ustod misma acaba de aconsejármelo... Por eso se lo digo.

COLETTE.—¡Pobre amigo mío! ¿Pero usted no ve que yo no soy una mujer?

VALENTÍN.—¡Oh! Ya lo creo...

COLETTE.—Pero... ¿cómo le ha acometido a usted esa enfermedad?

VALENTÍN.—Viéndola... Escuchándola...

COLETTE.—¿Y desde cuándo?...

VALENTÍN.—Desde hace diez meses... Desde que llegué aquí...

COLETTE.—Es asombroso.

VALENTÍN.—No... Es muy natural... Claro... Usted no se da cuenta.

COLETTE.—¿De qué?

VALENTÍN.—El talento que usted tiene... Su manera de hablar... Es usted un gran abogado y, sin embargo, es usted deliciosa... A las mujeres como usted no se atreve uno a decirlas que las quiere, pero se las adora... Yo hubiera querido pasar toda mi vida adorándola en silencio, sin decirla una palabra... Pero las circunstancias..., esos versos..., sus consejos... De todos modos, yo la pido que me perdone...

COLETTE.—Muy bonito... Muy bonito... Y aquí me tiene usted ahora obligada a ponerle de patitas en la calle.

VALENTÍN.—¡Oh, señora!

COLETTE.—¡A ver! La vida, ahora, sería imposible... Tanto para usted como para mí... Cada vez que se acerque usted a mí tendré que pensar... Y luego, que cuanto más me vea usted más se agravará la enfermedad. Nada, nada... Tiene usted que marcharse...

VALENTÍN. *(Desesperado.)*—¡Dios mío!

COLETTE.—Yo trataré de buscar otra situación para usted. Le recomendaré a algún compañero... Sí... Justamente, Barbotín busca un secretario. Me lo dijo ayer...

VALENTÍN.—¡Señora, por Dios! No me eche usted... No me aleje de aquí... Me moriría... Estoy seguro...

COLETTE.—Vamos, hombre... Usted no sabe lo que dice.

VALENTÍN.—Créame usted... Este amor tan torpemente confesado por mí, yo le ocultaré... ¡Nunca! Nunca más hablaré a usted de él... No la molestaré... No la importunaré...

No se enterará usted de que existe. Le guardaré para mí se convertirá en laboriosidad, en celo, en puntualidad. T bajaré con amor, con pasión, con verdadero fervor...

COLETTE.—Es usted un chiquillo... En fin, lo intentarem Quédese...

VALENTÍN. *(Encantado.)*—¡Ah! Señora...

COLETTE.—Pero con una condición.

VALENTÍN.—Las que usted quiera...

COLETTE.—Es menester que esa pasión, ese frenesí, no sulten baldíos... Le doy a usted de plazo ocho días para q se busque una novia...

VALENTÍN.—¡Señora! Por Dios...

COLETTE.—Nada, nada... Una novia... Es el mejor deriv tivo... Y ahora, vaya usted a recoger los autos de casa procurador.

VALENTÍN.—Al momento.

COLETTE.—Y la contestación a la demanda que pusim ayer.

VALENTÍN.—Lo que usted mande... *(Entra* ARTURO.)

COLETTE.—¿Qué pasa?

ARTURO.—El señor Rastabul está en el salón.

COLETTE.—¿Quién? ¿Rastabul?... Me suena ese nombre ¿Quién es?

VALENTÍN.—Es un señor que habló aquí conmigo hace qui ce días... Ya la expliqué a usted el asunto... Tiene usted a la nota... Es el del cero en el testamento...

COLETTE.—¡Ah! Sí... Ya recuerdo...

VALENTÍN.—Probablemente, los herederos habrán protest do... De seguro que viene por eso. ¿Tiene usted algo m que mandarme?

COLETTE.—No, nada más.

VALENTÍN.—Hasta ahora mismo... Son las cinco... Volve en seguida...

COLETTE.—¿Las cinco ya?

VALENTÍN.—En punto. *(Vase.)*

COLETTE.—¿Usted también tiene las cinco, Arturo?

ARTURO.—Sí, señora. Esa hora es.

COLETTE. *(Mirando su reloj.)*—Y yo... Yo también teng las cinco. Qué raro ¿eh? Tres relojes que marcan la mism hora.

ARTURO.—Eso prueba que es la exacta.

COLETTE.—Es verdad... ¿A qué hora salió el señorito est mañana?

ARTURO.—A eso de las once... Se fué con el señor Krame que vino a buscarle.

COLETTE.—¿Con el señor Kramer?

ARTURO.—Sí, señora.

COLETTE.—Sale mucho ahora el señorito con el señor Kramer, ¿verdad?

ARTURO.—Sí, señora. Desde hace unos quince días salen juntos con frecuencia... Deben tener algún negocio.

COLETTE. *(Pensativa.)*—Sí, sí... Esta bien, Arturo... Diga usted al señor Rastabul que pase.

ARTURO.—En seguida. *(Abre la puerta, introduce a Rastabul y vase Arturo.)*

COLETTE.—¡Qué raro! ¡Con Kramer!

ESCENA II

COLETTE y RASTABUL.

RASTABUL.—¿La señora Colbert?... El abogado...

COLETTE.—La misma caballero.

RASTABUL.—¡Ah! Cuánto me alegro... Prefiero hablar con usted mejor que con su secretario...

COLETTE.—Siéntese... Estoy enterada de su asunto.

RASTABUL.—No... Eso sí que no.

COLETTE.—¡Vaya! El testamento del señor Bullón... Los amores de usted... La recomendación de Martín. "Ojo de Tigre"... Tengo aquí una nota con todos los detalles. ¿Y qué? ¿Los herederos habrán impugnado el testamento?

RASTABUL.—No, señora... Mi asunto ahora es mucho más grave... Parece ser que uno de los herederos tiene una carta del señor Bullón, escrita el mismo día en que murió, en la que dice que a mí me deja en su testamento cuarenta mil francos.

COLETTE.—Pues eso empeora la situación...

RASTABUL.—De la carta han deducido que el último cero era postizo y han presentado una querella contra mí por falsificación de documentos.

COLETTE.—No me gustan esos negocios...

RASTABUL.—Ni a mí... A mí, tampoco.

COLETTE.—Esos procesos son muy lentos... Hay que acudir a los peritos, las discusiones son interminables... Ha estado usted muy poco acertado en lo que ha hecho, señor Rastabul.

RASTABUL.—Es cierto. Ahora me doy cuenta... Pero su secretario me dió la idea, y confieso que me pareció magnífica.

COLETTE.—No me sorprende... Pero mi secretario hace muchas tonterías... ¡Hasta escribe versos!... ¿Quiere usted decirme qué hora tiene?

RASTABUL.—Las cinco y diez.

COLETTE.—¡Es increíble! *(Reflexiona un instante y luego descuelga el aparato del teléfono.)* ¿Permite usted?...

RASTABUL.—¡Señora, por Dios!

COLETTE.—Segur... 22-64. *(A Rastabul.)* He defendido u vez un asunto de falsificación... Unos cheques falsos... Y condenaron al máximum.

RASTABUL.—¿Sí? Qué bonito antecedente.

COLETTE. *(Al teléfono.)*—Llamen a la doctora Kramer, parte de la señora Colbert... Sí. ¿Eres tú, Magdalena?... sí... ¿Te molesto? Si puedes venir un momento, te lo ag deceré... No, no me encuentro bien... Es decir, sí... Es bien... Pero parece que todo me da vueltas... Gracias... E muy buena. Te espero, entonces, ¿eh? Sí... En segui *(Aparte.)* Así podré enterarme de lo que sucede. *(Cuelga aparato.)*

RASTABUL.—Ya veo que he llegado en mala ocasión...

COLETTE.—¿Por qué?

RASTABUL.—He oído que se siente usted mal...

COLETTE.—No...

RASTABUL.—¿Pero eso de las vueltas?...

COLETTE.—Le he dicho eso a una de mis amigas para venga pronto... No estoy enferma... Lo que me ocurre que estoy bastante preocupada.

RASTABUL.—Lo comprendo... El caso mío es para preo par...

COLETTE. *(Pensativa.)*—Después de todo, no sé por estoy intranquila... Se habrá entretenido con algunos a gos...

RASTABUL.—¿Quién?

COLETTE.—Mi marido.

RASTABUL.—¡Ah! Veo que el personal de este bufete tie la manía de contar a los clientes sus intimidades... A mí parece que deben ser los clientes los que refieran...

COLETTE.—Tiene usted razón... Hable... ¿Qué cree ust que debemos hacer?... *(Completamente distraída.)*

RASTABUL.—Eso es lo que yo deseo preguntarle a usted

COLETTE.—Ah, sí. *(Aplanándose.)* Puede usted estar seg ro de que yo afirmaré que el cero que usted agregó es señor Bullón... Pero ¿y si los peritos afirman lo contrari ¿Qué quiere usted que haga yo?... Aunque lo echemos el lado sentimental y hable de Isabel, de su amor, de mat monio..., me responderán que usted sólo necesitaba cie cincuenta mil francos... ¡No cuatrocientos mil! Y fallar diciendo que es usted un estafador vulgar...

RASTABUL.—¿Yo? Señora..., yo he sido siempre un hom honrado.

COLETTE.—Eso es lo que me será difícil sostener... ¡A Si hubiera usted fracturado la caja del señor Bullón pa robar los ciento cincuenta mil francos, pero los ciento c

ienta mil francos juntos que exigía su suegro..., y si se los ubiera usted arrojado a los pies, para presentarse pobre y in un céntimo, delante de su prometida...

RASTABUL.—¿Sin un céntimo?

COLETTE.—¡Claro! Ese sería un delito interesante... Defenible... Se me ocurrirían mil cosas... El Tribunal le absolvería, estoy segura.

RASTABUL.—¿De veras?

COLETTE.—No lo dude usted.

RASTABUL. *(Tranquilamente.)*—Pues yo creo que todavía stoy a tiempo de hacer eso.

COLETTE.—¿Eh?

RASTABUL.—Una gran parte de la fortuna del señor Bullón sta en la caja, en valores al portador...

COLETTE. *(Distraída.)*—¿No ha oído usted un coche?

RASTABUL.—No... No he oído nada...

COLETTE.—Bien, bien. Continúe usted.

RASTABUL.—Digo que no tengo necesidad de fracturar la aja, porque tengo las llaves... El Juzgado ha puesto unos sellos, pero se pueden quitar con facilidad... Es un pedazo le papel insignificante. Yo puedo abrir la caja y apoderarme le ciento cincuenta mil francos justos...

COLETTE.—¡Ah! Eso, sí... Ni un céntimo más.

RASTABUL.—Esté usted tranquila... Yo soy un hombre honrado. Cojo los ciento cincuenta mil francos y se los arrojo a mi suegro. Después me presento delante de mi prometida, como usted me aconseja... Todo esto está muy bien; pero me parece que no evita la querella por falsificación, que a usted tanto la preocupaba.

COLETTE.—Espere... *(Reflexionando.)* La querella no tendrá razón de ser...

RASTABUL.—¿No?...

COLETTE.—Naturalmente. Un gesto destruye el otro... Si usted roba ciento cincuenta mil francos, no tiene usted necesidad de agregar el cero en el testamento. Así, pues, yo sostendré que todos los ceros de los cuatrocientos mil francos han sido escritos por el propio Bullón en persona. Esto es clarísimo.

RASTABUL. *(Sin entusiasmo.)*—¡Clarísimo!

COLETTE.—Y en cuanto a los ciento cincuenta mil francos, ya sé lo que voy a hacer... Defenderé la no culpabilidad de usted... Sostendré que no es usted el que los ha robado.

RASTABUL.—¿Cómo?

COLETTE.—Sí, hombre... Fíjese usted bien... Ya he demostrado que el señor Bullón ha escrito todos los ceros y le ha dejado a usted cuatrocientos mil francos... ¿Para qué iba usted a robar ciento cincuenta mil, teniendo derecho a cua-

trocientos mil? Y ahí tiene usted cómo la querella por ro tampoco podrá prosperar... Se cae por su propio peso... un asunto magnífico... Magnífico... Será un éxito enor para mí.

RASTABUL. *(Aparte.)*—Esta gente no piensa más que sus éxitos.

COLETTE.—Nada, nada. Puede usted tener confianza... C que hasta la vista...

RASTABUL.—Un momento, señora... Deseo hacerla una p gunta... Ya sé que todo se arreglará; pero, de todas mar ras, ¿no cree usted que la acusación de falsedad mancha mi buena fama de hombre honrado?

COLETTE.—¡Pero si saldrá usted absuelto!

RASTABUL.—Ya lo sé; pero...

COLETTE.—Amigo mío... Sepa usted que un criminal a suelto queda más honrado que la persona más decente...

RASTABUL.—¿De veras?

COLETTE.—La absolución es la prueba de honorabilidad q no todos tienen. Hoy le presentan a usted a un caballero que nadie ha acusado de nada nunca. Pero ¿quién le afirm a usted que aquel hombre no es un canalla? En tanto que ha sido acusado de algún delito y los Tribunales le han a suelto, no se puede dudar de él. Es un hombre honrado. Tiene la prueba refrendada por una sentencia y las firma de unos magistrados.

RASTABUL.—No cabe duda... ¿Qué debo abonar por la co sulta?

COLETTE.—Al terminar el proceso se le pasará la minut

RASTABUL.—Como usted guste... Señora...

MAGDALENA.—Ya estoy aquí... ¿Qué te pasa, mujer? ¿Est mala? ¡Ah! Perdone usted...

COLETTE.—Este caballero es un cliente... Nos estábam despidiendo... Vaya usted con Dios, caballero .

RASTABUL.—Señoras... *(Vase.)*

ESCENA III

COLETTE y MAGDALENA.

MAGDALENA.—Vamos a ver... ¿qué te pasa? Me has ala mado... He dejado la consulta y he venido corriendo.

COLETTE.—Eres muy buena... Ya estoy mejor... Pero cua do te telefoneé no sé lo que me pasaba... Todo me daba vue tas...

MAGDALENA. *(Tomándole el pulso.)*—Trabajas demasiado.. El pulso no está mal... ¿Duermes bien?

COLETTE.—Sí, muy bien... Aunque no mucho.

MAGDALENA.—Hay que dormir... A ver la lengua. *(Se la enseña.)* Tampoco está mal... Yo te aconsejaría que paseases mucho, y luego que te fueras tres meses a Suiza... Pero te vas a reír del consejo.

COLETTE.—No; reírme, no... Pero tú sabes muy bien que es imposible que me vaya...

MAGDALENA. Lo sé, y volveremos a hablar de este plan dentro de unos cuantos años... Cuando la enfermedad no tenga remedio. A mí me sucede lo mismo que a ti. También necesitaría algún tiempo de reposo... En fin, te recetaré... ¿Te gusta el Agua de Evian?

COLETTE.—Sí.

MAGDALENA.—Pues vas a tomar un vaso todas las mañanas, con diez gotas de ácido fosfórico. *(Escribe.)* Aquí te dejo escrita la fórmula.

COLETTE. *(Después de una pausa.)*—¿Y tu marido?

MAGDALENA.—Bien debe estar...

COLETTE.—¿No te ha hablado nunca del mío?...

MAGDALENA.—¿De tu marido? ¿Por qué me lo preguntas?

COLETTE.—Porque, desde hace unos días, creo que se han hecho íntimos amigos... ¿No lo sabías?

MAGDALENA.—Sí... Pero ignoraba que lo supieras tú...

COLETTE.—¡No lo he de saber! ¡Vaya! Ni que estuviera ciega... Y prefiero que sea tu marido el educador de Eduardo, porque él tiene experiencia.

MAGDALENA.—Entonces... ¿Eduardo te ha puesto al corriente?...

COLETTE.—Si fuí yo la que le aconsejé... ¿No recuerdas lo que hablamos tú y yo el otro día?

MAGDALENA.—Sí, sí. Pero...

COLETTE.—Tú me aconsejaste... Y tenías razón... Ahora, Eduardo se divierte fuera de casa... y me deja más tranquila...

MAGDALENA.—¿Lo ves? No sabes lo que me alegra saberlo... ¿No te ha dicho lo que les ocurrió ayer? ¡Tiene gracia!

COLETTE.—No... No le he visto hoy todavía...

MAGDALENA.—¿Que no le has visto? ¿Es que no ha dormido esta noche en casa? Eso no lo debías permitir... Bueno está lo bueno, pero no tanto...

COLETTE.—¿Qué fué, qué fué lo que les pasó?

MAGDALENA.—Fueron con sus amigas a Maxim's... Mi marido tuvo unas palabras con un americano, y le tiró una botella a la cabeza... Eduardo, entonces, quiso separarlos, y a la amiga de tu marido la dió una crisis de nervios tan fuerte, que el pobre Eduardo no sabía adónde acudir...

COLETTE.—¿La amiga de mi marido?

MAGDALENA.—Sí... El final fué que todos se reunieron la Comisaría... Disputas, reclamaciones, dos espejos rot la cuenta sin pagar, etcétera, etcétera.

COLETTE.—¿Y quién te lo ha contado?

MAGDALENA.—Mi marido. Porque, eso sí: mi marido falta a casa ninguna noche. Esta madrugada vino a las tr un poco alegre y con un chichón en la frente... Yo le cu poniéndole un poco de "colodión".

COLETTE. *(Nerviosa.)*—Es desagradable para nosotras. Porque en la Comisaría habrán tenido que dar su nombre.

MAGDALENA.—No, mujer... No tengas miedo... Nuestr maridos nos respetan. Allí dieron los nombres del conde Paulín y del barón de Merode, que es tu esposo... No es mal el título.

COLETTE. *(Estallando.)*—¡Pero eso es el colmo! ¡El colm

MAGDALENA. *(Sorprendida.)*—¿Eh?

COLETTE.—¡El colmo! ¡Mi marido! ¡Eduardo! Eduardo m engaña... ¡Se pasea con sus amigas por los *cabarets!* ¡Romp espejos y se emborracha!... ¡No lo hubiera creído jamás!

MAGDALENA.—¡Oh! Colette... Eso no está bien...

COLETTE.—¿Qué? ¿He dicho algo que te moleste?

MAGDALENA.—¡Me has engañado!...

COLETTE.—Perdóname; pero...

MAGDALENA.—No... No te lo puedo perdonar... ¿Te parec bien? Me haces abandonar mi consulta; me asustas...; m haces creer que estás al corriente de la nueva vida que llev tu esposo..., y todo para que yo, inocentemente, te lo cuent todito... ¡Ah! No. Ese proceder será bueno para un aboga do; pero entre amigas leales no está bien.

COLETTE.—¡Qué quieres! Desde hace quince días veng observando una conducta extraña en mi marido... Me habl indiferente... Se viste con elegancia... Viene a casa tarde.. Yo necesitaba saber... ¿Lo oyes?

MAGDALENA.—Entonces..., ¿tú estás enamorada de tu ma rido?

COLETTE.—No lo sé... Lo que quiero es que no me ponga en ridículo. Lo único que puedo decirte es que no sé lo qu me pasa; pero esto no quedará así.

MAGDALENA.—¿Serás capaz de hacer una tontería? ¿Serás capaz de vengarte como una mujer ordinaria y vulgar?

COLETTE.—Mira, no te burles de mí.

MAGDALENA.—Pues por eso te aconsejo la indiferencia...

COLETTE.—No... Yo conozco la ley... Pediré el divorcio. Yo misma me defenderé... Y ya verás... Ya verás... Empezaré por reclamar la mitad de la fortuna de mi marido... Yo cuando me casé no tenía un céntimo y él me dotó...

MAGDALENA.—Oye, pues se portó muy bien tu marido...

COLETTE.—¿Tú crees?

MAGDALENA.—Naturalmente... Eso no lo hacen todos los hombres...

COLETTE.—Y en cuanto a la otra mitad de la fortuna que queda...

MAGDALENA.—¿Qué vas a hacer?

COLETTE.—Como la mayor parte de sus rentas las tiene colocadas en el extranjero y no lo ha declarado a la Hacienda, denunciaré, y entre la multa, los derechos dobles, los apremios y los recargos le costará millón y medio... Se quedará en un céntimo y en medio de la calle.

MAGDALENA.—¡Eres terrible!

COLETTE.—Me defiendo. La ley me ampara.

MAGDALENA.—Y todo eso por dos espejos rotos y un ataque de nervios de una amiguita... No pensamos del mismo modo... No nos podemos entender.

COLETTE.—Desde luego... Hasta otro rato, Magdalena... Da recuerdos al conde de Paulin.

MAGDALENA.—Adiós, ansiosa... ¡Tú quieres devorarlo todo! ¡Bah! Ya lo meditarás...

ARTURO. *(Entrando.)*—La señora Poncel pregunta si la pueden recibir.

COLETTE.—Con mucho gusto... Viene a hablarme de un divorcio... Así practicaré un poco para defender mi caso... ¿Está en el salón?

ARTURO.—Sí, señora.

COLETTE.—Que pase... Que pase en seguida... *(Vase Arturo.)*

MAGDALENA.—Te dejo...

COLETTE. *(Más dulcificada.)*—Pero no te irás incomodada conmigo... Eso no... Y para que veas que sigo alguno de tus consejos, esta noche tomaré el vaso de agua de Evian.

MAGDALENA. *(Riendo.)*—Menos mal... Por algo se empieza... *(Vase Magdalena.)*

ESCENA IV

COLETTE y CECILIA.

COLETTE. *(Mira el reloj.)*—¡Quién sabe! Puede que haya venido ya... *(Va a la puerta de la derecha y abre.)* No... Bueno... Es igual... Trabajemos... *(Abre la puerta izquierda.)* Pase usted, señora... ¿Cómo está usted?

CECILIA.—Muy bien, muchas gracias... ¿Sabe usted? Hay novedades...

COLETTE.—¿Sí?... Cuénteme... Cuénteme...

CECILIA.—Mi marido quiere que hagamos las paces.

COLETTE.—¡No es posible!

CECILIA.—Como usted lo oye. Ahora resulta que está e morado como un loco y no puede vivir sin mí. ¿Qué la pa ce a usted? Y no se ha enterado de esto hasta que no me sorprendido con otro.

COLETTE.—Es muy verosímil... Los hombres son capa de abrigar esos sentimientos abyectos... ¿Y qué? ¿Cómo sido? ¿La ha escrito a usted? ¿La ha visto?

CECILIA.—No. Me ha enviado a Marcelo, su socio.

COLETTE.—¿Y qué le ha dicho usted a Marcelo?

CECILIA.—Que tenía que consultarlo antes con usted.

COLETTE.—Perfectamente... Pues bien: yo la prohibo a ted que haga las paces con su marido.

CECILIA.—Como usted mande.

COLETTE.—Su actitud es la prueba más evidente de teme al proceso... Sabe que es el culpable de todo...

CECILIA.—¿Usted cree?...

COLETTE.—¡Vaya! El señor Poncel es un canalla. El se Poncel la ha engañado a usted siempre.

CECILIA.—¿Ha averiguado usted algo?

COLETTE.—¿Que si he averiguado? No lo sabe usted bie

CECILIA.—¿Qué? ¡Dígame!

COLETTE.—Pues he leído sus cartas. Es el estilo que plean todos los maridos que engañan a sus mujeres, y las gañan todos... No, no... No haga usted las paces... Yo defenderé a usted.

CECILIA.—Me alegro, porque, la verdad, ya hace mu tiempo que mi marido me es indiferente... Y además ahora... tengo un amigo.

COLETTE.—¡Ah! ¿Volvió el que la había dejado?

CECILIA.—No, señora. Ese no ha vuelto, ni volverá... demasiado miedoso... El que tengo es otro... Y es como us me lo ha aconsejado...

COLETTE.—¿Yo le he aconsejado a usted? ¿El qué?

CECILIA.—Usted me dijo que cuando hiciera caso a algu que fuera casado...

COLETTE.—¿Yo?... Sí... Es verdad...; pero...

CECILIA.—Pues eso es lo que he hecho...

COLETTE.—Bien, bien.

CECILIA.—Es un hombre casado..., discreto y prudente mo no tiene usted idea... Tardó más de veinticuatro ho en decirme su nombre... Y ahora me lleva a todas partes los teatros, a los *dancings*, a los *cabarets*...

COLETTE.—Tenga usted cuidado, porque corre usted el ligro de que su marido la vigile...

CECILIA.—Ya lo sé, ya... Por eso tomo mis precaucione

lire usted, anoche se empeñó en que fuéramos con unos migos a una fiesta en un *cabaret*.

COLETTE.—¿Anoche? Por lo visto anoche los ánimos esta- an muy excitados en París...

CECILIA.—Ya lo creo... La fiesta se terminó en la Comisa- ía; pero cuando me preguntaron mi nombre dije el de mi migo... Como se publique en los periódicos y lo lea su mu- r... ¡buena se va a armar!

COLETTE. *(Pensativa.)*—Diga usted... ¿Y dónde..., dónde ué la fiesta ésa?

CECILIA.—En Maxim's.

COLETTE.—¡Ah! ¿Fueron ustedes los que tuvieron no sé ué disputa con un americano?

CECILIA. *(Asombrada.)*—¡Los mismos!

COLETTE.—¿Rompieron dos espejos?... ¿A usted le dió un taque de nervios?

CECILIA. *(Estupefacta.)*—Sí. Pero ¿cómo lo sabe usted?

COLETTE.—¿Su amigo se llama el barón de Merode?

CECILIA.—¡Ah! ¿Es que le ha contado a usted él mismo? a sé que es cliente de usted desde hace mucho tiempo; pero e todos modos hay cosas que no se deben decir a nadie.

COLETTE.—¿Mi cliente?

CECILIA.—¡Claro! Yo le encontré aquí por primera vez el ía que vine a traer las cartas de mi marido... Me dijo que ene un asunto con usted que dura ya siete años.

COLETTE. *(Conteniéndose.)*—¡Ah! ¿Le dijo a usted eso?

CECILIA.—Sí... Luego me dió un abrazo y me dijo que me uería mucho... Pero así, de repente..., sin avisar.

COLETTE.—Así... de repente... Sin avisar... ¡Muy bonito! De manera, señora, que usted elige el momento en que su arido la brinda el perdón para obsequiarle con una nueva raición?... ¿Para añadir una nueva falta a todas las que a tiene usted que reprocharse?...

CECILIA.—¿Qué dice usted? ¿Pero es así como va usted a efenderme? La verdad es que no la entiendo... Tan pronto ice usted una cosa como otra...

COLETTE.—Verá usted cómo me entiende... *(Llamando.)* Eduardo!

CECILIA.—¿Qué?

COLETTE.—Ahora lo verá usted... todo bien claro. Segura- ente está ahí... Cuando usted ha venido es que él también a vuelto ya... ¡Eduardo!

CECILIA.—Pero ¿quién es Eduardo?

COLETTE.—¡Mi marido!

CECILIA.—Yo creo que mis asuntos particulares no le inte- esan a su marido.

COLETTE.—Un poco... Ya lo verá usted...
CECILIA.—¿Sí?

ESCENA V

COLETTE, CECILIA y EDUARDO.

EDUARDO. *(Entrando.)*—¿Me llamas, Colette? ¿Qué q
res?
CECILIA. *(Estupefacta.)*—¡Ah!
EDUARDO. *(Muy tranquilo.)*—¡Toma! ¿Tú aquí? ¿Cómo
tás, Cecilia?
CECILIA.—Bien; ¿y tú, *Bebé? (Sin saber lo que dice.)*
COLETTE.—¿Es a ti a quien llama *Bebé?*
EDUARDO.—A mí... Me llama así porque dice que teng
alegría de los chicos pequeños...
COLETTE. *(Indignada.)*—¡Pero... esto es ya el colmo
cinismo!
EDUARDO.—¿Yo cínico? Nada de eso... Franco, franco n
más... Sereno y satisfecho, tranquilo y jovial... No me g
tan los tapujos ni los embustes... Y no quiero que entre
otros tres exista la más ligera molestia. *(Presentándol*
¡Mi esposa!... ¡Una amiga!
COLETTE. *(Indignada.)*—¡Oh!
CECILIA.—¿Entonces el barón de Merode...?
EDUARDO.—Fué un título que inventó para mí el am
Kramer. Pero es una tontería... Y como alguna vez ten
que enterarte, ya lo sabes... *(A Cecilia.)* Yo me llamo Edu
do Colbert.
CECILIA. *(Azoradísima.)*—Señora... Crea usted que no
lo que me pasa... Puede usted estar segura... Si yo hubi
sabido que *Bebé...*, digo que el barón...; no, no..., Eduard
Bueno..., que este caballero era su esposo..., yo... no la
biese a usted dicho lo que la he dicho aquí hace un rato.
COLETTE.—Ya me lo figuro.
CECILIA.—Y siento más lo sucedido porque ahora ten
que cambiar de abogado...
EDUARDO.—A menos que aquí... la señora Colbert no q
ra poner por encima de todo sus deberes profesionales...
COLETTE. *(Indignada.)*—¡Oh! *(Amenazadora.)* ¡Eduard
EDUARDO.—Calma. *(A Cecilia.)* Tú retírate ahora, que
arreglaré este asunto.
CECILIA.—Como quieras... *(Saludando.)* Señora, mil per
nes. *(A Eduardo.)* Yo no podía figurármelo... En la escal
me va a dar un ataque de nervios.
EDUARDO.—Bueno; pero procura que te dé en la escal
de tu casa. *(La acompaña hasta la puerta y vuelve.)*

ESCENA VI

COLETTE y EDUARDO.

EDUARDO. *(Dirigiéndose a Colette, ceremonioso.)*—Gracias or tu sensatez y por tu serenidad. Has comprendido que esa uchacha no es culpable de nada. La infeliz no podía adivi- ar que yo fuera tu marido. Si alguien merece tus censuras o es ella seguramente. Ni yo tampoco.

COLETTE.—La culpa la tendré yo entonces.

EDUARDO.—Sin ningún género de duda.

COLETTE.—Conozco el sistema... Tú acusas antes de que te cusen a ti... Es un procedimiento viejo... Olvidas con quién stás hablando... Conmigo pierdes el tiempo...

EDUARDO.—Si tú fueras capaz de olvidarte de la abogacía or cinco minutos y pensaras en mujer, nada más que en mu- er, verías que yo no tengo necesidad de emplear táctica nin- una y que no merezco reproches, sino gratitud.

COLETTE.—Ahora va a resultar que debo darte las gracias or tu acción.

EDUARDO.—No... Por eso no... Por haber tardado siete ños en hacerlo..., ¡por esto sí! Y ten en cuenta que antes de lecidirme te avisé, te supliqué...

COLETTE.—¿Qué me suplicaste tú?

EDUARDO.—Acuérdate el día que te pedí audiencia aquí omo un cliente... Te dije: "Ya no puedo más. Seguramente voy a hacer un disparate." Y no me hiciste caso.

COLETTE.—Me contaste una historia de un loco que pegó fuego a su pueblo... Yo no podía figurarme que aquello que- ría decir: Voy a buscarme una novia.

EDUARDO.—No, mujer... Si yo no sabía lo que iba a hacer. Lo único que sabía es que iba a hacer alguna barbaridad... Y me busqué una novia.

COLETTE.—Es una barbaridad más agradable.

EDUARDO.—¡Claro! Y ahora no siento más que una cosa. No haberlo hecho antes.

COLETTE.—¿Eh?

EDUARDO.—Sí... Hace mucho tiempo que yo debí separar mi vida sentimental de la tuya...

COLETTE.—Pues, hijo mío, nunca es tarde. Y no tengas cui- dado... Nuestras vidas van a separarse; pero radicalmente. A mí no me gustan las cosas a medias...

EDUARDO.—¿Quieres que nos divorciemos?

COLETTE.—¡Pero a todo vapor!

EDUARDO.—Tienes razón. Eso es lo más sencillo. Ahora bien, no pienses que yo voy a prestarme a cargar con las cul- pas del divorcio. Mi bondad no llegará hasta ese límite.

COLETTE.—¿Qué dices?

EDUARDO.—No creo que pienses echarme a mí las culp
En fin, esto ya te lo demostrará mi abogado.

COLETTE.—¿Tu abogado? ¿Quién es?

EDUARDO.—Ahora no te importa saberlo. Cuando llegue
momento te enterarás. ¡Ah! Y puedes estar segura... ¡E
pleito no le ganas! Ya lo sabes... Adiós... *(Se dirige a*
puerta.)

COLETTE.—¡Eduardo!...

EDUARDO. *(Deteniéndose.)*—¿Qué?

COLETTE.—Mírame frente a frente..., sin rencor..., tra
quilamente... ¿Qué tienes que reprocharme?

EDUARDO. *(Extiende el brazo y señala el retrato de Cole*
con la toga.)—¡Eso!

COLETTE. *(Asombrada.)*—¿Mi retrato?

EDUARDO.—¡No! El traje... Esa funda negra que se llar
toga... Ese uniforme que cuando se le pone una mujer
una muralla, una coraza..., ¡un abismo!

COLETTE.—Pero, Eduardo...

EDUARDO.—Lo que te digo. El otro día te lamentabas po
que no iba a oírte los discursos que pronuncias en los Trib
nales. ¿Crees tú que es agradable para un marido ir a v
a su mujer disfrazada de hombre y echando discursos?

COLETTE.—¡Oh!

EDUARDO.—Sí, sí... Claro; cuando vuelves de esos trabaj
forzados ¿qué es lo que guardas para mí? ¿Qué eres tú? U
guiñapo..., una criatura agotada... Caes rendida, sin fue
zas, sin más deseo que uno... Descansar.

COLETTE.—Muy bien... ¿Y eso es todo lo que me repr
chas? Mi trabajo, mi carrera, mi talento. Yo soy una intele
tual, y ésa es la razón que te impulsa a buscar una amant
Mi mujer trabaja... ¡Yo me voy a divertir con otras! ¡E
admirable!

EDUARDO.—En primer lugar, yo no me divierto... Bus
fuera de mi casa la compañera que en mi casa no tuve
suerte de encontrar... Y además cumplo tus preceptos.

COLETTE.—¿Cómo?

EDUARDO.—¡A ver! Tú le has dicho a Cecilia: "El cóny
ge abandonado puede engañar al otro."

COLETTE.—¡Yo no he dicho eso nunca!

EDUARDO.—Si no con esas palabras ésa es la idea. Porqu
tú dices: "El que abandona al otro tiene todas las culpas.
Como ves viene a ser lo mismo.

COLETTE.—Sí, señor... He dicho eso; pero porque no s
trataba de mí... Dice una muchas cosas... Pero depende d
las circunstancias... Ya ves... La semana pasada he lograd
sacar libre a una mujer que asesinó a su marido porque l

gañaba. Mi defensa fué contundente... Y, sin embargo, a
í no se me ha ocurrido matarte... Vamos, no se me ha
urrido todavía.

EDUARDO.—¡Era lo que me faltaba! ¡Sería el colmo! ¡Has
tado sin fijarte en mí siete años y la primera vez que te
s cuenta de que existo se te ocurre asesinarme!

COLETTE.—Es que cuando te casaste conmigo de sobra sa-
as que yo tenía la carrera de Derecho... No te engañé.

EDUARDO.—Alto ahí... Tu padre me dijo: "He dado una
rrera a mi hija porque no somos ricos y así podrá ganarse
vida si no se casa." Esto quería decir: Puesto que usted
rico y se casa con ella no tendrá necesidad de trabajar.

COLETTE.—Pero cuando se estudia una carrera es para
ercerla.

EDUARDO.—Yo no valía que tú hicieras ese sacrificio por
í...

COLETTE.—El primer año de nuestro matrimonio yo no abrí
n solo libro. Luego un día, ya te acordarás, me nombraron
e oficio para defender a un pobre diablo que había robado
oscientos francos...

EDUARDO.—No tenías que hacer más que renunciar.

COLETTE.—Nadie quería defenderle... Aquel asunto me va-
ó mil felicitaciones... Detrás de aquél vino otro, luego
ros... Y ya me vi cogida, obligada, solicitada, aplaudida...

EDUARDO.—Sí, sí... Tus éxitos poco a poco te alejaron de
í... La vanidad mató el amor...

COLETTE.—¡No digas tonterías!

EDUARDO.—No, Colette. Una mujer cuando se casa no debe
ener talento ni vanidad. El talento debe emplearlo en hacer
eliz a su marido.

COLETTE.—¿Pero tú no te sientes orgulloso de ser el mari-
o de una mujer de la que todo París habla y a la que con-
ultan los grandes magistrados? ¿Tú sabes cuánto me ha
roducido este año el bufete? ¡Trescientos mil francos!

EDUARDO.—¿Y qué? Yo no te he pedido un céntimo de tus
onorarios. Mi fortuna me basta para sostener mi casa.

COLETTE.—Pero ¿y si tú la pierdes?

EDUARDO.—Trabajaré.

COLETTE.—¿En qué?

EDUARDO.—No lo sé... Lo importante para mí es que tú
o trabajes.

COLETTE.—No sabes lo que decir.

EDUARDO.—Mira, Colette... Es inútil. No nos entendere-
nos... Llevamos un cuarto de hora y tu corazón permanece
allado... No confesarás que has obrado mal; no intentarás
na aproximación; no sentirás nada; no servirás más que
ara defender tu propio divorcio.

COLETTE.—Es inaudito... ¡Me presentas a tu amiga y
de que quieras que encima te pida perdón!

EDUARDO.—Naturalmente... Como que tú eres la única
ponsable de todo... ¿Crees tú que a mí se me había pas
por la imaginación la idea de engañar a mi mujer? ¿C
que a mí me divierte esto de andar de diversión por los
barets, rompiendo espejos, peleándome con los america
inflando globos y tirando serpentinas?

COLETTE.—Lo que no comprendo es cómo obligado por
conducta a buscarte una amiga (ya ves que por un insta
admito tu argumento), has elegido a la criatura más est
da de todas las que he conocido.

EDUARDO.—Pero si precisamente la he elegido por eso.
ves que vivo desde hace siete años con una mujer que es
gran hombre, que me mira con aire protector, que no se
na escuchar lo que la digo... Era natural... Me ha sedu
la sencillez de esa muchacha... Es ingenua, es tonta, es
gar. Ella me escucha y me comprende...

COLETTE.—No te haces mucho favor...

EDUARDO.—De sobra sabes lo que te quiero decir... E
muchacha no tiene nunca nada que hacer... Está siempr
mi disposición... Cuando salimos juntos me pregunta: "¿D
de quieres que vayamos?" Si cuento muchas veces la mis
historia, se ríe siempre como si la oyera por primera ve
Y si el tiempo está fresco no deja de decirme antes de sa
"Ponte el abrigo"...

COLETTE. *(Sonriendo.)*—Verdaderamente, esas cosas...

EDUARDO.—Sí, sí... Son cosas que parece que no tie
importancia... Pues ahí tienes, Colette; todo eso es imp
tantísimo. Y me hacía mucha falta... Si mi mujer, de
en cuando, hubiera descendido de su pedestal para deci
esas pequeñeces, a mí no se me hubiera ocurrido nunca
cer lo que he hecho... Porque yo te quería, Colette, y
quiero... ¡Te quiero todavía! No he querido a nadie más qu
ti. Cecilia es... eso... la distracción de una hora... nada... ¡
Si tú fueras como al principio... ¿Recuerdas nuestro vi
de bodas? Eras tan feliz estando conmigo a todas horas.
enorgullecía tanto cuando te llamaban ¡señora! En los
teles te dabas tanta importancia cuando preguntabas: ¿D
de está mi marido? ¿Ha bajado mi marido? ¿Ha vuelto
mi marido? ¿Te acuerdas de Atenas? Aquel portero del
tel se empeñaba en llamarte ¡señorita! ¡Y hay que
las cosas que le dijiste!

COLETTE. *(Pensativa.)*—¡Ah! Sí... Atenas... ¡Qué her
sa ciudad!

EDUARDO.—¿Y en Viena? La Glorieta... Aquella no
mientras escuchábamos el dúo de *Tristán*... Me tenías cog

mano y la oprimías, la oprimías... Y en el Lido... La no-
estrellada... Le dijimos al gondolero que fuera despacio
e nos quedó dormido... Tú echaste las cortinas de la ca-
a...

OLETTE. *(Llorando y a media voz.)*—Calla... Calla...

DUARDO.—¿Qué tienes, Colette?

OLETTE.—No puedes comprenderme...

DUARDO.—Sí, mujer, sí... Habla... Lo comprendo todo.
siendo cosas jurídicas, lo comprendo todo...

OLETTE.—¡No!...

DUARDO. Sí...

OLETTE.—Es tan difícil de decir...

DUARDO.—Colette... Te lo suplico.

OLETTE.—Si tú hubieras continuado siendo el hombre de
onces, yo no sería hoy la mujer que soy ahora...

DUARDO.—¿He cambiado yo?

OLETTE.—No son los éxitos ni las felicitaciones los que me
idieron... Yo hubiera renunciado a todo eso si...

DUARDO.—Si... ¿qué?

OLETTE.—Mira... Cuando regresamos después de aquel
go, de aquel maravilloso viaje... ¡Hoy veo qué hermoso
! Nos instalamos en nuestra casa y tú empezaste a ocu-
te de ti, de tu confort, de tu biblioteca..., de tu sillón...,
tu ducha... Yo sufrí una pequeña decepción. Bruscamente,
lugar del amante enamorado del Lido, vi surgir un señor
y bueno, eso sí; pero tranquilo, burgués, metódico, pun-
l...

DUARDO.—Pero yo no he dejado de quererte como el pri-
r día.

OLETTE.—Si no digo que no; pero...

DUARDO.—Colette...

OLETTE. *(Reflexionando.)*—Mira, Eduardo... Para conse-
r de mí todo lo que tú deseas de una mujer, que se ría
tus historias, que se ocupe de ti solo, es preciso que estu-
s antes a esa mujer, que la comprendas, que la rodees de
as las pequeñas atenciones que tú solicitas de ella. Sí...
no deseo otra cosa... ¡Querer! Y hubiera continuado si
no hubieses roto el encanto... ¡Ah! ¡El amor!... Si tú
ieras todo lo que has despertado en mí hace un instante...
no creí que un día echaría de menos el amor de aquellas
as...

DUARDO.—Hablas como si todo estuviese perdido; como
yo fuera un imbécil... Y estás equivocada... Yo te com-
ndo, ¿lo oyes? Te dije antes que podía comprenderte... Y
ber esperado siete años... Que yo haya tenido que enga-
rte para que llegase esta explicación entre nosotros... Pero
importa... Nunca es tarde... Reanudemos nuestra vida

conyugal en el mismo día en que yo comencé a desa
darte... Hazte cuenta que ha terminado nuestro viaje,
llegamos a París y que acabamos de bajar del tren... Tú
eres más que una mujer de tu casa... Una mujer que qu
a su marido y a la que su marido adora. El no vive
que para ella y no piensa jamás en él... ¡Ea!

COLETTE.—Pero, ¿tú estás loco? No se arrojan al cesto
los papeles siete años mal vividos como se tira un papel
servible... Yo soy la abogada Colbert.

EDUARDO.—Decide no serlo y no lo serás ya...

COLETTE.—¡Oh! Eso...

EDUARDO.—No trabajes más. Es indigno de ti... Tú
demasiado bonita... Vuelve a ser una mujer... ¿Quieres? N
más que una mujer... Ya verás como no pierdes nada e
cambio. Es muy agradable también para una mujer bo
ser admirada.

COLETTE.—Sí...

EDUARDO.—Ya verás... Cuando salgamos juntos oirás
murmullo de admiración... Dirán: "¡Qué bonita es!" Y
me llenará de alegría... Prueba de que no pienso más
en ti... Sí... Vuelve a ser mujer... Y yo, yo volveré a
el amante que tú recordabas hace poco... Y me querrá
Me querrás, porque yo no olvidaré que tú eres una mu
única, más inteligente que yo, mucho más inteligente... Y
haré tan pequeñito a tu lado, tan pequeñito, pero tan ama
y tan enamorado... *(Se ha acercado a ella y casi roza*
cara con los cabellos de Colette.) Colette, Colette... El g
dolero se duerme...

COLETTE.—Pero mi carrera... Mis clientes... Todos
asuntos... ¿Qué voy a decir?

EDUARDO.—Que quieres a tu marido... Es una razón
tiene alguna importancia...

COLETTE.—Sí, sí... Pero... *(Bruscamente.)* ¿Y tu ami

EDUARDO.—¡Toma! ¡Pues es verdad! ¡Ya se me ha
olvidado! Nada... La liquidaré... Eso es fácil... La envi
cuatro letras mientras cenamos en el restaurant...

COLETTE.—¿No vamos a cenar aquí?

EDUARDO.—No, no... Cenaremos en el Café de París...
leído que han llevado la orquesta de negros que vimos
Viena... ¿Te acuerdas? *(Comienza a tararear una musiquil*

COLETTE.—Sí, sí...

EDUARDO. *(Después de una pausa.)*—¿Qué? No te gus
¿No serás dichosa conmigo?

COLETTE.—Sí..., pero..., es que no sé... Esta reconci
ción me da un poco de miedo... Temo no volver a encont
mis impresiones de antes... Después de siete años...

EDUARDO.—Te comprendo... Yo lo comprendo todo ho

Estoy atravesando una crisis aguda de lucidez... Tu carrera te proporciona tantas satisfacciones que te cuesta trabajo renunciar... Eso es la nostalgia profesional...

COLETTE. *(Pensativa.)*—Sí... Quizá será eso...

EDUARDO.—Mira... Yo he conocido a un jefe de estación que, llegado al límite de la edad, experimentó el mismo sentimiento. El día que tenía que tomar el retiro dió la salida al último tren y se arrojó debajo de las ruedas de los vagones. Ahora que aquel pobre hombre tenía setenta y cinco años. Pero tú... Tú eres joven, eres hermosa y quieres a tu marido. Mañana no te acordarás de tus pleitos... Voy a decir a Leonor que te prepare el vestido más bonito y telefonearé al Café de París para que nos reserven una mesa... ¡Te adoro! *(Vase por la derecha loco de alegría.)*

ESCENA VII

COLETTE, sola; luego, VALENTÍN.

COLETTE. *(Sola. Pensativa.)*—¡El amor!... Sí... El amor... Verdaderamente, vale la pena... *(Se acerca a la mesa, revuelve unos papeles y tropieza con los versos de Valentín.)*

¿No fijarás en mi tus ojos compasivos?
¿No querrás ver que estoy, como siempre, a tus pies?

No están mal...

VALENTÍN. *(Entrando.)*—Ya estoy de vuelta... He traído yo mismo los autos de casa del Procurador...

COLETTE.—Gracias... *(Valentín deja los papeles sobre la mesa.)* ¡Valentín! ¿De modo que viene usted de casa del Procurador?

VALENTÍN.—Sí, señora.

COLETTE.—¿No había cerrado todavía el despacho el Procurador?

VALENTÍN.—No, no... Llegué a su casa a las seis menos diez.

COLETTE.—A las seis menos diez... Muy bien... Está muy bien...

VALENTÍN.—¿No tiene usted nada que mandarme?

COLETTE.—No... Por ahora, no... *(Vase Valentín.)* Tiene razón Eduardo... El amor... Sí... Sí... El amor vale la pena... *(Pausa.)* Y no había reparado... Es muy guapo Valentín... *(Sigue revolviendo papeles y mirando a la puerta por donde salió Valentín.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

Quince días después. Es la caída de la tarde. La misma decoración, pero enteramente transformada. Los muebles son elegantes y ultramodernos. La decoración de las paredes, alegre. Han desaparecido las mesas de despacho de Colette y Valentín. El retrato de Colette con toga ya no está; en su sitio hay otro, de Colette también, pero vestida de calle. La habitación no es ya, como antes, un despacho de abogado. Ahora se ha convertido en un *boudoir*.

ESCENA PRIMERA

EDUARDO, solo; después, ARTURO; luego, VALENTÍN.

(Al levantarse el telón, la escena está sola. Suena el teléfono. EDUARDO, *en traje de casa, entra en escena y se dirige al aparato.)*

EDUARDO. *(Al teléfono.)*—¿Quién? Sí... Soy yo... Buenas tardes, Marquesa... Perfectamente, ¿y usted? ¿Mañana? ¿A las cinco? Espere usted... Es que tenemos tantos compromisos... Voy a ver si estamos libres... *(Mira un carnet.)* Sí... Justamente, mañana está en blanco... No sé si Colette se

habrá comprometido... No, no está en casa... Por ahí... Qu sé yo... En el modisto... En el peluquero... Ca. Ya no s ocupa de los pleitos... ¡Eso se acabó!... En efecto, Marqu sa... Soy un hombre dichoso... Pues nada, hasta mañana. *(Deja el aparato, se sienta y contempla satisfecho la hab tación transformada. Llaman.)*

ARTURO.—Traen un paquete para la señora... ¿Hay qu pagarlo?

EDUARDO.—No sé... ¿Qué es?

ARTURO.—Perfumería. Esta es la factura. *(Le da la fa tura.)*

EDUARDO. *(Leyendo.)*—"Primera noche de amor" Un fra co... seiscientos francos... ¡Cáscaras!

ARTURO.—Eso mismo he dicho yo... Por eso he venido preguntar al señor.

EDUARDO.—No, no. No hay que preguntarme nunca... ¿E perfumería para la señora? Pues se paga y en paz.

ARTURO.—En el salón espera una señora...

EDUARDO.—¿Algún cliente? Echela usted... Se acabaro los clientes y los pleitos.

ARTURO.—Ca, no señor... Es una vendedora de ropa blan ca. Trae un montón de cajas y desea ver a la señora.

EDUARDO.—Pues que la espere... Ya no tardará.

ARTURO.—Bien, señor. *(Vase Arturo.)*

EDUARDO. *(Solo.)*—"La primera noche de amor", seiscien tos francos. Debe ser una cosa exquisita... *(Se guarda l factura y se dirige al retrato del foro, que coloca rectifican do su emplazamiento.)* Esto es una mujer... *(Pasea por l habitación, arregla unos flores y se detiene a revisar uno periódicos.)* La sonrisa... La risa... Fantasía... Esto es li teratura... *(De pronto, entre los periódicos, aparece un ex pediente.)* ¿Eh? Un pleito aquí todavía... ¡Qué asco! *(Co el expediente en la mano se dirige a la puerta de la izquier da.)* ¡Valentín!

VALENTÍN. *(Entrando. Viste elegantemente.)*—¿Llamab usted?

EDUARDO.—Tome usted esto y procure que en esta habita ción no haya papeles de esa clase.

VALENTÍN.—Perdone. Precisamente andaba buscando esto autos por todas partes... Muchas gracias.

EDUARDO.—No hay de qué; pero haga usted el favor d evitar que haya aquí pleitos... Los pleitos en el despacho d usted, y por quince días nada más; hasta que los haya us ted devuelto todos.

VALENTÍN.—¿Quince días?

EDUARDO.—Le dí a usted un mes para liquidar los pleitos Han transcurrido quince días: restan otros quince.

VALENTÍN.—Crea usted que estas cosas no se liquidan tan cilmente. No olvide usted que en el bufete teníamos más trescientos cincuenta pleitos.

EDUARDO.—¡Qué atrocidad! ¡Lo que pleitea la gente!

VALENTÍN.—Esta mañana he tenido una conferencia con abogado que se encargará de veinte o treinta...

EDUARDO.—Está bien.

VALENTÍN.—Sí; pero ahora hace falta que los clientes se nformen. Hay muchos que protestan. Creen que al cam- ar de bufete van a perder sus asuntos. Y dicen cada cosa...

EDUARDO.—¿Qué dicen?

VALENTÍN.—Dicen que no hay derecho a abandonarlos sí... A la señora la llaman desertora.

EDUARDO.—¡Qué imbéciles! Dígales usted que la señora mple con sus deberes...

VALENTÍN. *(Reservado.)*—¡Yo no debo mezclarme en esas osas!

EDUARDO.—Es verdad.

VALENTÍN.—¡Pues y la correspondencia que llega! Esta añana tuve que contestar cincuenta y siete cartas.

EDUARDO.—Ya sé que es usted trabajador... Se le recom- ensará...

VALENTÍN. *(Susceptible.)*—Caballero, yo no he dicho...

EDUARDO. *(Sorprendido.)*—¡Qué!...

VALENTÍN.—Yo cumplo con mi obligación. Ni más ni me- os.

EDUARDO.—Bueno, bueno. No se incomode usted...

VALENTÍN. *(Calmándose.)*—No, si no me incomodo.

EDUARDO.—Supongo que de todas esas cartas que llegan o dirá usted nada a mi mujer.

VALENTÍN.—Ni una palabra. Ella misma me dijo que no uería tener conocimiento de ellas...

EDUARDO.—¡Ah! Ella misma le dijo...

VALENTÍN.—Sí, señor.

EDUARDO. *(Radiante.)*—¡Qué buena es!

VALENTÍN.—Sin embargo, acaba de llegar una a la que no endrá más remedio que contestar personalmente.

EDUARDO.—¿De quién es?

VALENTÍN.—Del señor Robert, el Decano.

EDUARDO.—¡Ah!

VALENTÍN.—Voy a traérsela a usted... *(Vase Valentín, dejando abierta la puerta.)*

EDUARDO.—Es muy correcto este muchacho... Trabajador, meticuloso... Un poco susceptible...

VALENTÍN. *(Entrando con una carta en la mano.)*—Aquí está... Escuche usted... "Mi querida amiga: Ha venido a verme la señora Gilbert para decirme que renuncia usted a

la profesión. Antes de recomendarla otro defensor qui
influir cerca de usted una vez más. Este asunto podría
para usted el triunfo más grande de su carrera... Robert.

EDUARDO.—¡Ah! Pues es preciso que no se entere de e
carta.

VALENTÍN.—Pero es que...

EDUARDO.—Traiga usted... Yo la contestaré.

VALENTÍN.—Está bien. *(Le da la carta y Eduardo la cierra en el cajón de la mesa.)*

EDUARDO.—Gracias... Es usted muy amable, amigo Val
tín... Y crea usted que siento, y me alegra al mismo tiem
verle a usted salir de esta casa. Me alegro, porque se aca
un período terrible de mi vida, y lo siento porque person
mente me es usted muy simpático...

VALENTÍN.—¿Caballero?

EDUARDO.—¿Le molesta a usted que le diga esto?

VALENTÍN.—No; no, señor... No es eso...

EDUARDO.—¿Ha encontrado usted otro bufete?

VALENTÍN.—No he buscado nada.

EDUARDO.—¿No?

VALENTÍN.—No. Renuncio a entrar en ningún bufete.

EDUARDO.—Comprendo... Ya sé que usted siente una gr
admiración por mi esposa... Usted ha debido lamentar m
cho que ella haya renunciado a la carrera...

VALENTÍN.—Evidente. Pero, por otra parte, la felicito po
que ha querido volver a ser mujer...

EDUARDO.—Es verdad... Y ha sido por mi causa... *(Sat
fecho.)* ¿No lo sabía usted?

VALENTÍN.—¿Sí? Pues le felicito... Porque ella antes e
muy linda, pero no tenía feminidad... Imponía un poco.
Mientras que ahora es deliciosa, cautivadora, adorable... *(D
teniéndose.)* En fin, que le felicito a usted, señor Colbert.

EDUARDO. *(Sorprendido.)*—Parece que habla usted de el
ahora con menos admiración que antes...

VALENTÍN.—No, señor no... No lo crea usted... Sólo qu
ahora... ¿Comprende usted? Ahora no es mi jefe... Es un
señora... Antes era algo así como un gran hombre... Teni
no sé qué de autoritario... Porque es gracioso esto... *(Rie
do.)* Desde hace quince días, yo sigo siendo el secretario d
la señora Colbert... y la señora Colbert, la abogada, ya n
existe... Es gracioso...

EDUARDO. *(Mirándole fijamente y pensativo.)*—Sí... sí.
Es gracioso...

ESCENA II

Dichos, COLETTE.

(Colette entra por el foro, elegantísima, muy alegre, muy vistosa, muy perfumada, muy compuesta, muy mujer.)

COLETTE.—Hola... ¿No sabéis? A la Vernon la han dado el primer premio...

EDUARDO.—¿Sí?... Me alegro... *(La abraza.)* Dime... El primer premio, ¿de qué?

COLETTE.—Pero ¿lo has olvidado ya? ¿No recuerdas que hoy era el primer día del concurso de "Charleston" en el Claridge?... ¡Hola, Valentín!

VALENTÍN. *(Respetuoso.)*—¡Señora!... *(Coge los papeles y se dirige a la puerta.)*

COLETTE.—¿Y qué? ¿Va usted distribuyendo todos esos pleitos?

VALENTÍN.—Poco a poco, sí, señora.

COLETTE.—Un día echaremos un párrafo para que me diga usted...

EDUARDO.—No te preocupes de eso, mujer. Valentín es un muchacho muy listo, muy activo y muy inteligente. Hará las cosas bien...

COLETTE.—Muchas gracias, Valentín...

EDUARDO.—Muchas gracias, Valentín.

VALENTÍN.—No hay de qué, señor Colbert. Es usted muy amable. *(Vase Valentín.)*

ESCENA III

COLETTE y EDUARDO.

EDUARDO.—¿Qué? ¿Te has divertido? ¿Había mucha gente en el Claridge?

COLETTE.—No tienes idea... Han concursado veinticuatro parejas... Había un inglés viejo, de pelo blanco, muy colorado y muy tieso, que bailaba con una muchacha que le llegaba a la cintura... Los han aclamado... ¡Ah! *(Dejándose caer en un sillón.)* Estoy contenta... Muy contenta.

EDUARDO. *(Acercándose afectuoso.)*—¿De veras estás contenta? ¿Lo piensas como lo dices?

COLETTE.—¿Cómo que si lo pienso?

EDUARDO.—Te lo pregunto porque este cambio en tu vida y en tus costumbres ha sido tan brusco, tan rápido, tan inesperado...

COLETTE.—Yo soy sincera... No lo dudes...

EDUARDO.—Entonces, ¿me quieres?

COLETTE.—Claro, hombre... Naturalmente que te quiero.

EDUARDO. *(Pensativo.)*—¿Y crees que debo ser dichoso?

COLETTE. *(Sorprendida.)*—Pero ¿no lo eres?

EDUARDO.—Sí, sí... *(Reflexionando.)* Ahora, que me parece que no lo soy como esperaba serlo...

COLETTE.—No te entiendo...

EDUARDO.—Verás... Yo no puedo explicar lo que siento. Debo ser muy exigente... Pero sospecho que esta nueva vida no te ha aproximado a mí todo lo que yo quisiera... Estás tan alejada como antes...

COLETTE.—¡Eduardo, por Dios!

EDUARDO.—Ahora no trabajas, es verdad... Pero yo te veo tan poco como antes... Las visitas, las tiendas, los tes...

COLETTE.—¡Eduardo! ¡Estás loco! Desde hace quince días no nos hemos sentado a la mesa una sola vez el uno sin el otro...

EDUARDO.—Pero casi siempre con invitados.

COLETTE.—Es natural... Todas nuestras amistades han querido festejar nuestra nueva vida... Nos invitan a todas partes...

EDUARDO.—Es verdad... Precisamente la marquesa ha telefoneado hace un instante. Nos espera a tomar el te mañana, a las cinco...

COLETTE.—¿A las cinco?

EDUARDO.—Sí.

COLETTE.—¿Has aceptado?

EDUARDO.—Sí... He visto que teníamos la tarde libre...

COLETTE.—¡Ah! *(De pronto.)* Bueno, pues telefonéala diciendo que nos es imposible ir... ¿Estás contento?

EDUARDO.—Contentísimo... Entonces pasaremos la tarde juntos.

COLETTE.—Sí... Hasta las cuatro.

EDUARDO.—¿Sólo hasta las cuatro?

COLETTE.—Sólo... No sé el tiempo que hace que no he visto a Magdalena... Me ha dicho que está malucha, y quiero ir a verla.

EDUARDO.—Pues prefiero que vayamos al te de la marquesa.

COLETTE.—¿Por qué?

EDUARDO.—Al menos, allí te podré ver... Te veré rodeada de cuarenta personas, pero te veré... Mientras que a casa de Magdalena irás sola... Ya sabes que no me gusta ir a su casa.

COLETTE.—¿Por qué? Tú guardas rencor a Magdalena porque su marido fué tu compañero de aventuras... ¡Bah! Todo eso está olvidado ya... Pasó.

EDUARDO. No es eso. Estoy molesto con Magdalena porque me ha dicho algo muy desagradable.

COLETTE.—¿Cuándo?

EDUARDO.—Hace tres días la encontré en el bulevard... nuestros coches se detuvieron, uno al lado del otro, y nos pusimos a charlar... Me preguntó a gritos cuándo la iba a mandar el análisis... Ya comprenderás que el sitio no era el más a propósito... Las gentes volvían la cabeza para escucharnos... Los "chauffeurs" se reían... Yo cambié de conversación y la hablé de ti. Entonces ella gritó: "¡Ah, sí!... Ya que ha dejado el bufete... para convertirse en una mujer en su casa... Desconfíe usted, amigo mío... Desconfíe usted." La guardia tocó el pito y su coche arrancó antes que el mío... Afortunadamente, porque si no...

COLETTE.—Magdalena es tonta... Ya se lo diré yo mañana...

EDUARDO.—No se lo dirás, porque iremos a casa de la marquesa...

COLETTE.—¿Estás decidido a que vayamos?

EDUARDO.—Estoy decidido a tenerte a mi lado todo el tiempo posible.

COLETTE.—Pues bien... Iremos.

EDUARDO.—¿Por qué me ha dicho esa imbécil que desconfíe?

COLETTE.—¡Bah! Ya la conoces... Ella cree que este cambio de vida es un capricho... Que no durará... Que el día menos pensado me acometerá el deseo de volver a defender pleitos... Por eso te ha dicho que desconfíes...

EDUARDO.—Eso debe ser...

COLETTE.—¡Ella qué sabe! En cambio, tú has visto ahora con qué indiferencia he preguntado a Valentín cómo marchaba la liquidación del bufete...

EDUARDO.—Sí... Y no sabes qué alegría me has dado...

COLETTE.—Ya lo ves... Y en cuanto a eso de que no estamos nunca solos, creo que exageras. Hace tres días estuvimos en Varietés, y me parece que no había nadie con nosotros... Hoy he salido de casa a las tres, después de almorzar a solas contigo...

EDUARDO.—Es verdad...

COLETTE.—Entonces, ¿de qué te quejas? Di, ¡tonto!

EDUARDO. *(Después de reflexionar.)*—Tienes razón. Soy un hombre feliz... Yo no me doy cuenta, pero soy un hombre feliz... ¿Por qué soy tan exigente a veces, vamos a ver, por qué?

COLETTE.—Porque las gentes dichosas no están nunca satisfechas... Eso es sabido.

EDUARDO. *(Satisfecho.)*—Es verdad... No estamos satisfechos... Yo no soy razonable... Has hecho muy bien diciéndome esto, Colette! Amor mío... *(La abraza.)*

COLETTE. *(Cariñosa.)*—¡Eduardo!

EDUARDO.—¿De veras no echas de menos nada?

COLETTE.—¿Yo? Nada.

EDUARDO.—¿Has vuelto a encontrar en mí el amante nuestros días primeros?

COLETTE.—¿Tienes algo que reprocharme tú?

EDUARDO.—¡No! ¡No! ¡Eso, no! ¡Oye! ¿Qué bien hueles

COLETTE. *(Cambiando alegremente de conversación.)*—¿ gusta? Es un perfume nuevo. "La primera noche de amor" Le he probado y es delicioso... He dicho que me envíen rrasco... No es caro, ¿sabes? Doscientos francos. *(Se q el sombrero, para dejarlo sobre una mesa.)*

EDUARDO. *(Aparte.)*—¿Doscientos francos?... ¿Por miente? ¿A qué viene esto de mentir por una pequeñez importancia? *(Alto.)* ¡Ah! Se me olvidaba... Te está es rando una vendedora de ropa blanca.

COLETTE.—Es verdad... Beatriz... Me lo dijo Arturo llegar, pero se me había olvidado... Me trae unas cosas m bonitas... Ya verás... Te volverás loco... Voy a verla... ¿Q hora es?

EDUARDO.—Las siete y cinco.

COLETTE.—¡Dios mío! Tenemos que cenar fuera y yo estoy vestida...

EDUARDO.—Yo tampoco... Ya sabes que la cena es a nueve.

COLETTE.—Es verdad.

EDUARDO.—No te entretengas mucho con la vendedora

COLETTE.—Diez minutos. Diez minutos nada más... *(Se rige al foro, al mismo tiempo que entra Arturo.)*

ARTURO.—La señora Poncel...

EDUARDO. *(Sorprendido.)*—¡Cecilia!...

COLETTE.—¿La señora Poncel?

EDUARDO.—Pero... ¿se atreve?

COLETTE.—Debe venir a liquidar la minuta de mis hono rios... Que la reciba Valentín...

ARTURO.—Esta señora desea hablar a la señora o al ñor... Dice que es muy urgente...

EDUARDO. ¿A ti o a mí? ¿Qué puede tener que decirn

COLETTE.—No sé... Pero mira, es tarde... Recíbela tú.

EDUARDO. *(Sorprendido.)*...¿Yo?... ¿No te importa que reciba yo?

COLETTE.—¿A mí? Vamos... ¡Bobo! ¿Crees que voy a ter celos de esa?...

EDUARDO.—No, no... Claro. Tienes razón. Los celos. ¡Ba Debo ser yo el que... No cabe duda..., soy demasiado ex gente...

COLETTE. *(Cariñosa, abrazándole.)*—Tú eres muy bueno

EDUARDO.—¡Ah! Oye, Colette...

COLETTE.—¿Qué?
EDUARDO.—No te he dicho que te han traído el frasco de fume...
COLETTE.—¿Sí?
EDUARDO.—Sí... Y lo he pagado...
COLETTE.—Has hecho bien...
EDUARDO.—Seiscientos francos...
COLETTE.—Justo... Seiscientos francos... Lo que yo te he no... Bueno; date prisa y despacha pronto. Hasta ahora... *ase Colette.)*

ESCENA IV

EDUARDO; luego, CECILIA.

EDUARDO. *(Solo.)*—¡Miente! No cabe duda... Me oculta o. No es franca conmigo... Además, es coqueta... Sí... Es ueta y es deliciosa... Yo quería que volviera a ser una jer... Y lo es... Y adorable... *(Arturo entra.)* Diga usted a señora Poncel que pase. *(Queda pensativo.)*
CECILIA. *(Muy ceremoniosa.)*—¡Ah! ¿Es usted el que me a recibir, señor Colbert?
EDUARDO.—Si no ve usted en ello inconveniente alguno, se- a Poncel...
CECILIA.—Al contrario: la última vez que estuve aquí, la ora Colbert me trató muy mal. No la debe gustar mucho me.
EDUARDO.—¿Y a qué debemos el placer de esta visita?
CECILIA.—Pues... siempre por lo mismo... Por mi divorcio. nombrado otro abogado, pero necesito los papeles que é aquí... Y vengo por ellos.
EDUARDO.—¿Cómo? Pero ¿no se los han enviado? *(Se acer- a la puerta de la izquierda.)* Siéntese usted, se lo ruego... ecisamente los empleados del bufete están distribuyendo los los asuntos... Es cuestión de un instante... *(Llaman-)* Valentín..., la señora Poncel... Viene a buscar los docu- ntos de su pleito... ¿Quiere usted dárselos?... Está espe- ndo... *(Cierra la puerta y se acerca a Cecilia.)* Ahora mis- se los traerán...
CECILIA.—Mi nuevo abogado tiene prisa por conocer esos peles... Yo le he hablado de las cartas de mi marido y de importancia que pueden tener...
EDUARDO.—¿Está usted contenta de su nuevo defensor?
CECILIA.—Muy contenta... Además, con él estoy segura de nseguir los cinco mil francos mensuales que pido a mi arido.

EDUARDO.—¡Bah! Eso no se sabe nunca... Las sentencia

CECILIA.—Sí, sí... Estoy segura... Porque si no conde a mi marido, será mi defensor el que tendrá que dármelo

EDUARDO.—¿Su defensor? ¿El abogado?

CECILIA.—¡Claro!

EDUARDO.—¿Cómo se llama?

CECILIA.—¿Mi abogado?

EDUARDO.—Sí.

CECILIA.—No puedo decir su nombre... Es un hombre sado y...

EDUARDO.—¡Ay! Ya comprendo...

CECILIA.—Por eso se ha comprometido a darme los c mil francos mensuales si mi marido no resulta condenad Ya ha empezado a dármelos... Calcule usted si me defend con calor... A mí me gustará que gane el pleito, por siempre es más cómodo recibir dinero de un hombre al no vemos, que...

EDUARDO.—Sí, sí... Comprendido... Y ¿es usted dicho ¿Cree usted que este de ahora... durará?

CECILIA.—¡Pchs! Desde luego, no es mi ideal... ¡Ay! usted supiera el trabajo que me cuesta dar con el ideal i ginado.

EDUARDO.—Pero ¿su marido no estaba dispuesto a olvid lo todo?

CECILIA.—Sí; pero yo no he querido volver con él.

EDUARDO.—Ha hecho usted mal... Con las ideas de muj cita de su casa que usted tiene, debió usted aceptar...

CECILIA.—No, señor. Los arreglos dan siempre mal re tado... Hace usted un zurcido y se abre el agujero por o sitio...

EDUARDO.—Usted dice eso porque no ha querido nunca su esposo...

CECILIA.—¿Que no? Si no fuera porque usted puede of derse, le diría que mi marido ha sido el único hombre al he querido.

EDUARDO.—No lo creo.

CECILIA.—Se lo juro a usted. Al principio era tan am te, tan cariñoso... Yo le adoraba... Pero luego, sus ocupa nes, sus trabajos... Claro... El tenía que pensar en sus sas... Yo me puse a pensar en las mías..., en otras distr ciones, en otras personas... En fin, que pasó lo que tenía pasar. Ya lo sabe usted... El amor puede comenzar de nu siempre... Esto es indudable... Pero con la condición de la persona sea distinta.

EDUARDO.—¡Ah! *(Pausa.)*

CECILIA. *(Viéndole pensativo.)*—Parece que se ha queda usted pensativo...

EDUARDO.—¿Yo? No, no... Nada de eso...

CECILIA.—¡Vaya! Sin duda, ha creído usted que yo he cho eso con intención... Porque, ¡claro!, usted engañó an- s a su esposa, y ahora tendrá usted miedo de no quererla mismo que antes... No haga usted caso... Usted sí la uerrá... Somos las mujeres las que no queremos igual que ntes... Perdóneme usted si le he molestado...

EDUARDO.—¡Por Dios, señora!

CECILIA.—Es que no quiero que piense usted que lo he di- ho a propósito... Yo no soy capaz de hacer daño a nadie, a abiendas...

EDUARDO. *(Viendo entrar a Valentín.)* ¡Ah! Aquí tiene sted sus documentos.

VALENTÍN. *(A Cecilia.)*—Señora...

CECILIA. *(Reconociéndole.)*—¡Ah! Sí... Ya me acuerdo de sted... Es el gusano enamorado de la estrella, ¿verdad?

EDUARDO.—¿Es?

CECILIA.—¿Qué? ¿La gustarían los versos que la hizo us- ed? Eran muy bonitos.

VALENTÍN.—Señora...

CECILIA. *(A Eduardo.)*—¿No se lo ha dicho a usted? Este eñor está muy enamorado de una señora... Pero no se atreve confesárselo y la hace versos.

VALENTÍN. *(Molesto.)*—Señora... Esas son cosas, cosas de n momento... Ya han pasado...

EDUARDO.—Pero, hombre, no hay porqué avergonzarse... la edad de usted es lo más natural. *(Pausa.)* Y a todas las dades... *(A Cecilia.)* Si quiere usted, la acompañaré hasta a puerta.

CECILIA.—Es usted muy amable.

EDUARDO. *(A Valentín.)*—Si baja mi esposa, dígala que se é prisa... Yo voy a vestirme...

CECILIA.—Perdone usted que le haya entretenido tanto iempo...

EDUARDO.—De ningún modo, señora... Esta visita me ha roporcionado un gran placer... *(Vanse Cecilia y Eduardo, oro.)*

ESCENA V

VALENTÍN; en seguida, COLETTE.

VALENTÍN. *(Viendo salir a Cecilia.)*—Esa mujer es idiota. Al demonio se lo ocurre ponerse a hablar de mis versos...

COLETTE. *(Entrando.)*—¡Ah! Valentín... ¿Qué hace usted aquí tan solo?

VALENTÍN.—La esperaba... Su esposo me acaba de dar recado para usted.

COLETTE.—¿Para mí?

VALENTÍN.—Sí... Que la diga que va a vestirse... *(Tran ción.)* ¡Tenemos diez minutos para aprovecharlos!

COLETTE. *(Sonriendo.)*—¿Le ha encargado a usted tamb que me dijese que tenemos diez minutos?

VALENTÍN.—No se burle usted de mí... Los diez minu los pido yo...

COLETTE.—¡Ay, Valentín! Si supiera usted lo que ten que decirle, no me los pediría...

VALENTÍN. *(Aterrado.)*—¡Dios mío! ¿Qué es ello?

COLETTE.—Tranquilícese. Es que... tampoco puede ser m ñana.

VALENTÍN. *(Consternado.)*—¡Tampoco! ¿Por qué?

COLETTE.—Mi marido, sin prevenirme, aceptó una invi ción... Yo he hecho todo lo posible para no ir. Pero hubie sido despertar sospechas... En fin, será otro día...

VALENTÍN.—¡Cómo lo dice usted!... Parece que se aleg usted de que surja siempre un obstáculo que impida nues primera entrevista...

COLETTE.—Sí... Es verdad... Es decir... no sé... Mire u ted, Valentín... Me parece que esa primera entrevista pue ser, no el principio, sino el fin de algo irreparable...

VALENTÍN. *(Desolado.)*—¡Oh!

COLETTE.—Sí, sí... Este amor tan joven, tan repentin que vuela a nuestro alrededor como una mariposa... ¡ten que se le quiebren las alas!

VALENTÍN.—Colette, por Dios... No hable usted así... Es cosas no las puede decir más que una mujer que no está en morada...

COLETTE.—No sé... Yo creo que sí; que le quiero a usted Ya lo ha visto... En tan pocos días escucharle... prometer le... Verdaderamente, es increíble lo que me sucede... No podía suponer... Estaba tan lejos de pensar...

VALENTÍN. Pero ¿y yo?... Yo, que la adoraba en sile cio... Un día me arranca usted mi secreto, se ríe usted mí, y cuando lo creía todo perdido, la reclamo mis versos me dice usted: "No... ¡Déjemelos!" Al principio no compre dí... Pero luego, cuando usted me miró... ¡Oh, Colette! Aqu minuto fué una revelación. Y después, durante estos quin días, nuestras entrevistas en los paseos solitarios, en l Grandes Almacenes, en el Printemps, sección de bicicleta que no hay nadie nunca... Y, por último, esta entrevista, primera que íbamos a tener mañana...

COLETTE.—Cómo ha de ser... Tengamos paciencia... Ya ve. No puedo mañana... En fin..., será otro día...

VALENTÍN.—Sí... Claro... Pero yo no estoy tan seguro. ngo miedo...

COLETTE.—¡Vàmos, Valentín!

VALENTÍN.—¿Vendrá? ¿De veras vendrá? Todo está pre- rado... Nadie la verá... He adoptado todas las precau- nes...

COLETTE.—Eso es indispensable... *(Pensativa.)* Así, al me- s, no tendré nada que temer... Pero luego, cuando yo vuel- a casa, sonriente, comenzarán los embustes... La vida de as criaturas que yo he censurado tanto tiempo...

VALENTÍN.—¿Y por qué ha de volver? No vuelva más...

COLETTE.—¿Eh?

VALENTÍN.—Vivamos juntos siempre... ¡Siempre! Yo la iero a usted... Y usted también... me ha dicho que me iere... Yo soy como usted... Odio la mentira... Querámo- s y huyamos lejos, a América... Yo trabajaré... Allí hay nas de oro... Debe ser un buen oficio ese de buscar oro en s minas... Nos querremos y seremos ricos..., porque hay o en todas partes: en la tierra, en las flores y en el sol...

COLETTE.—¡Pobre poeta! Menos imaginación, Valentín... enos imaginación... A usted se le olvida que yo soy la se- ra de Colbert...

VALENTÍN.—¿Y qué?

COLETTE.—Que entre nosotros hay un hombre que existe, e me quiere...

VALENTÍN.—Y al que usted no quiere dejar porque le quie- más que a mí...

COLETTE.—¡Chits! Hable usted bajo...

VALENTÍN. *(En voz baja.)*—Sí, sí... Le quiere usted más e a mí. Usted no se da cuenta, pero yo estoy seguro... Por ha abandonado usted su carrera... El mismo me lo decía uí, hace un instante... Ha sido un sacrificio, una prueba amor que usted le ha dado...

COLETTE.—No lo he hecho por él, Valentín... Lo he hecho r el amor... Por los recuerdos que supo despertar en mí...

VALENTÍN.—¡Claro! Después de siete años, hay muchas co- s que recordar... ¡Yo, en cambio, no tengo ni un recuerdo e surja!

COLETTE.—Más vale... Los recuerdos de amor, muchas ve- s, son decepciones... Para volver a conquistar el cariño de na mujer se la dice siempre: "¿Te acuerdas? ¿Te acuer- as?" El recuerdo la emociona; pero pronto advierte que el asado está lejos y que el presente no se le parece...

VALENTÍN. *(Desolado.)*—¡Colette! ¡Colette! *(Se acerca, abraza.)*

COLETTE.—¡Por Dios, Valentín! Esto es una locura... Una cura... *(Tratando de desprenderse.)*

VALENTÍN. *(Insistente.)*—¿Cuándo?... Di... ¿Cuándo?

COLETTE.—¡Dios mío!... Si no sé... El sábado..., sí... sábado... A las cuatro...

VALENTÍN.—¡Oh! ¡La adoro! ¡La adoro! *(Oyese abrir la puerta.)*

COLETTE.—¡Silencio! *(Entra* EDUARDO *lentamente. Viste vestido de frac. Contempla fijamente a Colette y Valentín.)*

ESCENA VI

COLETTE, VALENTÍN y EDUARDO.

COLETTE. *(Tratando de disimular y como si continuase la conversación.)*—Los demás asuntos los reparte usted equitativamente... Sobre todo los difíciles se los pasa usted a Durand...

VALENTÍN. *(Lo mismo.)*—Sí... Durand es un jurisconsulto eminente...

COLETTE.—Ya lo creo...

VALENTÍN.—Pone un entusiasmo, un vigor...

COLETTE.—Una inspiración, un calor...

EDUARDO. *(Interviniendo.)*—... que a ustedes mismos aparta del mundo... No ven a nadie...

COLETTE.—¡Hola! ¿Estás ahí? Hablábamos de pleitos. Ya lo ves... ¿Estás ya vestido? Pues entonces tengo que darme prisa... Estamos de acuerdo, ¿no es así, Valentín?

VALENTÍN.—Sí, señora... ¿Me manda usted algo más?

COLETTE.—No, no... Gracias.

VALENTÍN.—Entonces escribiré unas cartas y luego me iré. Buenas noches, señor Colbert.

EDUARDO.—Vaya usted con Dios... *(Vase Valentín por la izquierda.)*

COLETTE.—Espérame aquí. Voy a vestirme...

EDUARDO.—Date prisa...

COLETTE. *(Inquieta al ver que Eduardo la mira y sin saber qué decir.)*—¡Ah! Te sienta muy bien ese frac...

EDUARDO.—Es el mismo que tenía...

COLETTE.—¿Sí?... No sé... Pero esta noche parece que me va mejor... *(Bruscamente.)* Ahora vuelvo... *(Vase por la derecha.)*

ESCENA VII

EDUARDO, solo; luego, ARTURO; después, RASTABUL.

EDUARDO. *(Solo, mira a la puerta de la izquierda, luego a la de la derecha y se queda pensativo.)*—¡Desconfíe usted!

mí me ha sido antipática siempre esa Magdalena... *(Pausa. Da unos cuantos paseos.)* Bueno; pero ella me quiere... No cabe duda... Ha dejado su bufete por mí... Esto es que me quiere... *(Pausa.)* Y los versos... Los versos eran para mí... ¡Vaya! *(Se acerca a la puerta de la izquierda.)* ¿Qué? ¿Me crees que no lo sé... ¡Estás fresco! *(Pausa.)* Pero la culpa es mía... El cambio ha sido demasiado brusco... He querido que Colette volviera a ser mujer y... no he tenido habilidad para quitarla del peligro... *(Pausa.)* Sí, sí..., me engaña... *(Pausa.)* Es decir..., no... No me engaña... Todavía no me engaña... Cuando los he sorprendido ahora estaban tranquilos... Si hubiera algo entre ellos disimularían mejor... No, no me engaña... Pero no van a tardar en engañarme... Es preciso que yo intente algo para evitarlo... Y de prisa... Pero ¿qué hago? *(Pausa.)* Y no hay más remedio... Tengo que hacer algo... *(Se sienta y reflexiona. A* ARTURO *que entra)* ¿Qué? ¿Qué pasa?

ARTURO. *(Entrando.)*—El señor Rastabul quiere ver a la señora... Dice que es urgente...

EDUARDO.—La señora no está para nadie. Y yo tampoco... Hemos salido... Dígale usted que ha salido todo el mundo...

ARTURO.—Bien, señor. *(Vase.)*

EDUARDO.—Era lo que nos faltaba... Visitas... *(Reflexionando.)* Y el caso es que... ¿Rastabul? Yo quiero recordar ese nombre...

RASTABUL. *(Entrando bruscamente con* ARTURO.) —¿Pero usted cree que yo estoy para bromas? ¿Que han salido todos? ¿Todos? ¿Y ese señor? *(Señalando a Eduardo.)*

ARTURO.—Señor... Ya ve usted...

EDUARDO.—Caballero...

RASTABUL.—¿Quién es usted?

EDUARDO.—Yo soy el señor Colbert.

RASTABUL.—¡Ah! ¿El marido de...? ¡Vamos! Esta vez es el marido... Menos mal... Caballero, le suplico a usted que me conceda dos minutos.

EDUARDO.—Sea... Retírese usted, Arturo...

ARTURO.—Está bien, señor... *(Vase Arturo.)*

RASTABUL.—Caballero... Necesito hablar urgentemente con su esposa...

EDUARDO.—¿Es usted uno de sus clientes?

RASTABUL.—Sí, señor.

EDUARDO.—Pues no puede ser... Mi señora ha dejado ya el bufete para siempre...

RASTABUL.—¿Eso es cierto? *(Mirando alrededor.)* Es verdad... Antes había aquí una mesa de despacho... ¿No es verdad que esto era un despacho?

EDUARDO.—Sí, señor... Eso era. Había libros, papeles... Mi

mujer trabajaba día y noche... *(Suspirando.)* ¡Ay, qué tien
po aquél!

RASTABUL.—¿Y ya no ejerce? ¡Pero eso es una catástrof

EDUARDO.—Sí, señor... Puede ser una catástrofe... En fi
ahí tiene usted a su secretario... Le llamaré...

RASTABUL. *(Deteniéndole.)*—¡Ah! No... El secretario me
muy antipático...

EDUARDO.—Y a mí... A mí también.

RASTABUL.—Yo quiero hablar con su esposa... Ella cono
mi pleito... No puede abandonarle justamente en el momen
en que adquiere unas proporciones inesperadas...

EDUARDO.—Mire usted, amigo mío... Hoy no es ocasión d
que vea usted a mi esposa... Ni a mí... No estamos par
ocuparnos de nada... Usted no sabe las cosas que pasan e
la vida...

RASTABUL.—Sí, sí... Yo me hago cargo de todo...

EDUARDO.—Hace siete años, cuando yo me casé con m
mujer... Bueno, usted dirá que le cuento lo que no le inte
resa...

RASTABUL.—Ya estoy acostumbrado... Todas las persona
que me reciben aquí me cuentan sus historias... Dígame us
ted lo que quiera... Yo le contaré a usted luego lo que m
sucede...

EDUARDO.—Lo sé... Mi mujer me refirió un día lo de l
herencia... Lo del cero... Nos reímos mucho...

RASTABUL.—¡Ah! Sí... Pues si aquello le hizo a usted reí
se va usted a morir de regocijo cuando sepa la continuación.

EDUARDO.—¡Ah! ¿Hay una continuación?

RASTABUL.—¿No ha leído usted los periódicos esta mañana

EDUARDO.—No, señor... Yo los leo por la noche, en l
cama...

RASTABUL.—Pues bien, caballero... Sepa usted que yo, Ras
tabul, hombre honrado en toda la extensión de la palabra
me veo acusado de robo con fractura y tentativa de asesinato

EDUARDO.—Ya es algo... ¿Y qué quiere usted que yo l
haga?

RASTABUL.—Que haga usted uso de su autoridad de marid
para que la señora Colbert me defienda ante los Tribunales

EDUARDO. *(Como acometido de una idea.)*—¿Que mi muje
vuelva a defender pleitos?

RASTABUL.—Es muy cómodo eso de decirle a un hombr
como yo... "Agregue usted un cero... Coja usted ciento cin
cuenta mil francos... Yo me encargo de que le absuelvan
usted." Y luego, cuando las cosas se complican, dejarle a un
en la estacada... ¡Ah! No... No hay derecho a hacer eso.

EDUARDO. *(Reflexionando.)*—¿De manera que el proces
de usted va a ser un proceso sensacional?

RASTABUL.—Esa es la palabra. Se lo explicaré a usted rápidamente. Siguiendo los consejos de la señora Colbert, yo me disponía a abrir la caja y apoderarme de los ciento cincuenta mil francos. Pero perdí la llave... ¿Qué hacer? Forzarla, claro... Y como yo no sé de eso porque no lo he hecho nunca, me dirigí a un profesional: a Martín, *Ojo de Tigre*... Le busqué... No le encontré... Es muy difícil encontrarle porque no tiene domicilio fijo... Por fin ayer di con él. Amigo Martín, le dije, tengo que abrir una caja de caudales y no sé... ¿Quiere usted ayudarme?" "Con mil amores, Rastabul", me contestó. Y allá nos fuímos. En cuanto vió la caja exclamó: "¡Esto es facilísimo!" Sacó un aparatito infensivo y comenzó a salir una llama...

EDUARDO.—Un soplete...

RASTABUL.—Eso es... Un soplete... De pronto se abre la puerta y aparece el portero, que había oído ruido... "Nos han pescado, Rastabul", dijo el apache. "¡Voy a *enfriar* a este tío!" Yo no comprendí, porque esas expresiones no me son familiares. "¡Haga usted lo que guste!", le contesté. Y de pronto le veo saltar sobre el portero y aplastarle la cabeza a martillazos... El portero grita, los vecinos acuden y los guardias se llevan detenido a Martín, *Ojo de Tigre*.

EDUARDO.—¿Y a usted no?

RASTABUL.—No. Yo me escapé antes... A mí me molestaba que me vieran metido en aquel asunto... Claro que me fuí sin poder coger los ciento cincuenta mil francos. No tengo suerte.

EDUARDO.—Menos suerte ha tenido el portero.

RASTABUL.—Eso sí. Esta mañana cojo los periódicos y leo que la Policía me anda buscando... ¡A mí! Esto es una infamia. ¡Yo un asesino! ¡Yo, que soy un hombre honrado en toda la extensión de la palabra!... Porque le juro a usted que yo no he tocado al portero... ¡Ah! ¡No! Es preciso que la señora Colbert me defienda. Que haga resplandecer mi inocencia.

EDUARDO. *(Llamando.)*—En efecto; sí, señor..., es muy interesante todo eso... Y yo creo...

RASTABUL.—¿Qué? Me defenderá, ¿verdad?

EDUARDO.—No sé... *(A* ARTURO, *que entra.)* Diga usted a la señora que venga cuando pueda. Es un asunto urgente...

RASTABUL.—Muy urgente.

ARTURO.—En seguida, señor...

RASTABUL.—¡Oh, gracias, gracias, caballero!... Ella me salvará... Ya lo verá usted...

EDUARDO.—Pero ¿de qué le acusan a usted en concreto?

RASTABUL.—¿De qué? ¡Lea usted los periódicos por la mañana, hombre! Es Martín el que me acusa. Dice que yo fuí

a buscarle, que no ha hecho más que obedecerme... Que él ... sido el instrumento... Y su defensor sostendrá eso...

EDUARDO.—¿Quién es su defensor?

RASTABUL.—Una señora que tiene mucha fama... Una gr... criminalista... La señora Balmoral...

EDUARDO.—¡La Balmoral! Eso es curioso... Muy curios...

ESCENA VIII

DICHOS y COLETTE.

(Entra COLETTE *elegantísima. Traje de noche, abrig... guantes.)*

COLETTE.—¿Qué me quieres, Eduardo? ¿Pasa algo?

EDUARDO.—Aquí, el señor Rastabul, que desea verte.

COLETTE.—¿El señor Rastabul?

RASTABUL.—Sí... Yo... Perdone usted... ¿Va usted de ba... le? Es muy lindo ese vestido...

COLETTE.—¿Por qué no han llamado a Valentín? Yo no m... ocupo ya de esas cosas...

RASTABUL. *(A Eduardo.)*—¡Caballero, por Dios, influya us... ted!...

EDUARDO.—Es verdad... El caso de Rastabul es un caso d... conciencia.

RASTABUL.—Sí, señora...

EDUARDO.—La aventura de Rastabul ha tomado unas pro... porciones...

COLETTE.—Si lo sé... he leído los periódicos esta mañana...

RASTABUL.—¡Vamos, hombre!... Gracias a Dios que hay... quien lee los periódicos por la mañana.

COLETTE.—Ha estado usted muy torpe...

RASTABUL.—Pero si yo no hice nada... Fué el otro, el apa... che, el que golpeó al portero... La doy a usted mi palabra... de honor...

COLETTE.—Bien, bien... Yo le recomendaré a usted a un... abogado bueno a ver si puede usted escapar con cinco años...

RASTABUL.—¿Cinco años de qué?

COLETTE.—¡De prisión!

RASTABUL.—Pero si es que yo no quiero ir preso... ¡Yo en... la cárcel! ¡Pues estaría bueno!

COLETTE.—Eso el Tribunal lo dirá... Lo recomendaré al... abogado Lambert.

RASTABUL.—No. no, no, no... Es usted la que conoce mi... asunto... Usted le ha estudiado... Usted me aconsejó que co... giera los ciento cincuenta mil francos...

COLETTE.—¿Yo? Yo no le he dicho a usted eso...

RASTABUL.—Casi... Acuérdese usted... Estaba usted aquí, erviosa y agarrada al teléfono... Entonces me dijo usted: Ah! Si hubiera usted robado el dinero ¡qué bonita defensa odría hacerse! Le sacaría a usted libre y sería un triunfo ara mí."

EDUARDO....¿Tú le dijiste eso?

RASTABUL.—Sí, señor, sí... Me lo dijo... ¡Y ahora quiere sted abandonarme! ¡No hay derecho!

COLETTE.—Vamos a ver... ¿Usted no ha cogido los ciento ncuenta mil francos?

RASTABUL.—No tuve tiempo.

COLETTE.—¿Y no ha tocado usted al portero?

RASTABUL.—¡Lo juro por lo que usted quiera!

COLETTE.—Entonces es usted inocente... No me necesita usd a mí para nada.

RASTABUL.—Pero es que el apache me acusa...

COLETTE.—¡Bah! Un apache...

EDUARDO.—Pero es la Balmoral la que va a defender a ese pache...

COLETTE. *(Sorprendida.)*—¿La Balmoral?

EDUARDO.—Lo dicen los periódicos esta noche...

COLETTE.—¿Y ha elegido a la Balmoral?

RASTABUL.—Sí...

COLETTE.—¡Qué sinvergüenza! De modo que yo le saco osuelto hace dos años y ahora se dirige a la Balmoral, a mi ayor enemiga...

EDUARDO.—Habrá sabido que tú no ejercías ya...

RASTABUL.—Y luego que ¿cómo nos iba usted a defender a s dos?

COLETTE.—Yo no defiendo a nadie... ¿Lo oye usted? No defiendo a nadie... *(Pausa.)* La Balmoral... ¿Por qué ha aceptado esta defensa? ¿Qué podrá alegar?

EDUARDO.—Sostendrá lo que dice el apache... No puede alvarse más que acusando a Rastabul...

COLETTE.—No basta acusar... Hay que llevar pruebas...

EDUARDO.—Tú olvidas a los vecinos que los sorprendieron. ieron allí a Rastabul... ¿Qué hacía allí Rastabul? Eso dará rgumentos a la Balmoral...

COLETTE.—No... Porque Rastabul, que es un fiel empleado e la casa, estaba allí trabajando cuando oyó los gritos del ortero y acudió poco antes que los vecinos...

EDUARDO.—Pero, ¿por qué huyó entonces?

COLETTE.—No huyó... Cuando vió que detenían al apache e fué tranquilamente, porque ya no tenía nada que hacer llí... ¿Por qué iba a concertarse este hombre con un apache ara forzar la caja? ¿No va a heredar cuatrocientos mil franos? Porque todo el proceso está ahí, señores... El testamen-

to... El cero que está escrito por el testador... ¡Yo lo afirr
Y yo lo probaré, señor Rastabul... Porque la Balmoral no
me escapa esta vez... Yo lo probaré delante de los jura
y saldrá usted en libertad... Di, Eduardo... ¿No te par
que debo encargarme de esta causa? La Balmoral va a cr
que la tengo miedo...

EDUARDO.—¡Ay, Colette! No me preguntes nada... Tú p
des hacer lo que creas que es tu deber.

COLETTE.—Pues bien... ¡Le defenderé! Es mi deber... Cu
te usted conmigo, señor Rastabul.

RASTABUL. *(Encantado.)*—¡Oh, señora!...Ya sabía yo q
no me abandonaría usted...

COLETTE.—Quiero además aplastar a la Balmoral... La B
moral me ganó un pleito hace dos años y me debe el desq
te... Este será mi desquite... Y ahora no perdamos tiem
Es necesario que vaya usted a constituirse preso; pero
seguida...

RASTABUL. *(Contrariado.)*—¿Es necesario?

COLETTE.—Indispensable... ¿No ve usted que todos los p
riódicos le acusan? Usted es un hombre honrado y arde u
ted en deseos de justificarse... Sobre todo diga usted al co
sario que acaba usted de enterarse por los periódicos... H
muchas personas que no leen los periódicos más que por
noche...

RASTABUL.—Es verdad... El señor Colbert me lo decía ha
un momento...

COLETTE.—Nada, nada... Corra usted... Entréguese en
primera Comisaría que encuentre... Y mañana, a las die
iré yo a verle a usted a la Cárcel.

RASTABUL.—La Comisaría, la Cárcel... Ahora ya veo q
vamos por buen camino...

COLETTE.—No lo dude usted... Y no olvide decir al com
sario que acaba usted de leer los periódicos... *(Acompañá
dole.)*

RASTABUL.—Sí, sí... Adiós. Me voy a la Cárcel. *(Va
Rastabul.)*

ESCENA IX

COLETTE y EDUARDO.

*(Eduardo saca en tanto la carta que antes le dió Valent
y la deja encima de la mesa.)*

COLETTE.—Dime, francamente, Eduardo... ¿No me gua
das rencor?

EDUARDO.—¿Por qué? Siento verte metida otra vez en es
ajetreo; pero..., pero no podías negarte.

COLETTE.—¿Verdad que no podía? Y luego que no se trata ás que de este caso... Luego haremos nuestra vida... Cena- os fuera, ¿verdad?

EDUARDO.—Tenemos tiempo... No son más que las ocho.

COLETTE.—Cuando me llamaste me asusté... He venido co- riendo... Debo estar peinada como una loca... *(Va a la me- ta a coger un bolso y ve la carta. La abre.)* ¿Qué es esto?

EDUARDO.—¿Qué? ¡Ah! Una carta para ti... Me la dió an- s Valentín... Creo que tienes que contestarla tú personal- ente.

COLETTE.—¡Ah! *(Lee la carta en silencio.)* En efecto... Es uy importante... *(Leyendo.)* "Este será el mayor éxito de u carrera..." Tiene razón... *(Sonriendo.)* Decididamente, ay cosas que no tienen remedio.

EDUARDO.—¿De qué se trata?

COLETTE.—Es una carta del decano... Insiste para que me ncargue de la defensa de Gilbert... Es un asunto de gran rascendencia.

EDUARDO.—Dices bien... Hay cosas que no tienen remedio...

COLETTE.—Será un triunfo para mí... Sí..., sí... Lo defen- eré...

EDUARDO.—¿Lo ves, Colette? La carrera te apasiona...; no e puedes separar de ella...

COLETTE.—Te digo que no... Será este asunto el último que efienda...

EDUARDO.—Ahora... Hace cinco minutos el último iba a er el de Rastabul... Mañana será otro... Y otro después... Ay, Colette!... Tú no puedes ser la mujercita de tu casa...

COLETTE.—¿Tú crees?

EDUARDO.—Una vocación como la tuya salta por encima e todo...

COLETTE. *(Sorprendida.)*—¿Pero tú te das cuenta de lo que ices? Después de los esfuerzos que has hecho para alejar- ne del bufete, ¿aceptarías que volviera otra vez?...

EDUARDO.—No lo acepto, pero me resigno... Comprendo ue no puedo ni debo oponerme...

COLETTE. *(Pensativa.)*—Sí... Mi carrera... Volver a ser lo ue era antes... ¡Quién sabe! Quizá será mejor... *(Pensa- iva.)*

EDUARDO. *(Dulcemente.)*—Sí... Quizá será mejor...

COLETTE. *(Bruscamente a Eduardo)*—Pero no para ti... Qué harás tú? ¿Volverás a tus paseos solitarios? ¿A tus xcursiones por los cines? ¿A... a la señora de Poncel?

EDUARDO.—¡No! ¡No! Eso jamás... Mira... Nos arreglare- nos muy bien. Ya verás...Tú tienes mucho talento, Colette... Ahora lo comprendo, y en los matrimonios el que no es nada ebe ser dócil... Yo quiero interesarme en todo lo que tú ha-

ces... Tú me enseñarás... ¿Quieres que ensayemos? ¿Quie
que sea yo tu secretario, por ejemplo? ¿Quieres que reemp
ce a Valentín?

COLETTE. *(Mirándole fijamente.)*—¿Valentín?

EDUARDO. *(Con mucha naturalidad.)*—Sí... A mí me pa
ce que no es el secretario que tú necesitas... ¿No le ves?...
está haciendo presumido... Viste con elegancia... Se ha en
morado y se pasa el día haciendo versos... Yo creo que no
conviene... Es una impresión mía... ¿No te parece?

COLETTE. *(Mirando al suelo.)*—Sí... Es posible... Lo q
dices es verdad... Vale más que me separe de él... Yo se
diré mañana...

EDUARDO. *(Dulcemente, pero con autoridad.)*—No...
no... Yo... ¿Y por qué mañana? Ahora... Yo puedo decírse
ahora...

COLETTE.—¿Tú quieres?

EDUARDO.—Sí... *(Se acerca a la puerta y llama.)* ¿Está u
ted ahí todavía, Valentín? ¿Quiere usted venir un moment

ESCENA X

DICHOS y VALENTÍN.

VALENTÍN. *(Entra con el gabán al brazo y el sombrero
la mano.)*—Me marchaba ahora mismo... ¿Qué deseaba u
ted, señor Colbert?

EDUARDO.—Pues verá usted... Han pasado aquí mucha
cosas en muy pocos minutos...

VALENTÍN.—¿Sí?

EDUARDO.—Sí... Hay que suspender la liquidación del b
fete... Mi esposa lo ha pensado mejor... La solicitan tan
que vuelve a encargarse de todos los asuntos...

VALENTÍN.—¿De veras? ¡Es una gran noticia!

EDUARDO.—Pero hay más... Figúrese usted que de pron
me ha acometido el deseo de interesarme en los trabajos
mi mujer, y al mismo tiempo he comprendido que mi pues
está junto a ella, y aquí nos tiene usted obligados a verno
privados de los servicios de usted... Yo me encargaré de l
secretaría, y supongo que no me guardará usted rencor... E
fin, en todo caso..., más adelante...

VALENTÍN. *(Desconcertado.)*—Sí... Es verdad... Yo com
prendo... Entonces...

EDUARDO.—Sí, sí... Puede usted despedirse ahora.

VALENTÍN. *(Muy emocionado.)*—Señora... Hasta la vista.

COLETTE. *(Sin mirarle.)*—Adiós.

VALENTÍN. *(A Eduardo.)*—Caballero...

EDUARDO.—Hasta la vista. *(Vase Valentín.)*

ESCENA XI

COLETTE y EDUARDO.

EDUARDO. *(Después de una pausa.)*—¿Me perdonas?
COLETTE.—¡Oh! *(Se apodera de la mano de Eduardo con steza, con agradecimiento, un poco confusa.)* ¡Qué bueno! ué bueno eres! ¡Y hay quien cree que eres tonto!
EDUARDO.—¡No soy yo quien lo cree!
COLETTE.—No... Eres inteligente, muy inteligente... Ya había sorprendido que me pusieras enfrente de Rasta... La carta del Decano, ¿la pusiste tú ahí, no es verdad?
EDUARDO.—Sí...
COLETTE.—Hiciste bien... ¡Porque... todavía estábamos a mpo!
EDUARDO.—¿De veras, Colette? ¿Todavía... estábamos a mpo? No me engañas...
COLETTE.—Te lo juro... No te he engañado... Tranquiliza... Era para el sábado.

TELÓN

LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA S. A.-Sección de Publicaciones:

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

MEROS PUBLICADOS

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y rneuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gurrez Roig.

:=: El sábado 15 de tubre, publicaremos

LA VILLANA

de Romero y Fernández Shaw,

música del maestro VIVES

PROXIMAMENTE APARECERA

LA PANTALLA

SEMANARIO ESPAÑOL DE CINEMATOGRAFIA

La verdadera guía de la cinematografía mundial. Informaciones y noticias de última hora.

EDITADO EN

RIVADENEYRA (S. A.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

quiere usted tener la
lección más completa
las obras que se
strenen en Madrid,
mpre todos los sábados

La Farsa

que publicará las obras de los autores más prestigiosos, las que mayor expectación hayan despertado, las de más éxito, las más interesantes.

EN BREVE APARECERA

ESTAMPA

GRAN SEMANARIO GRAFICO Y LITERARIO
DE LA ACTUALIDAD ESPAÑOLA Y MUNDIAL

LA IMAGEN DEL MOMENTO

EL COMENTARIO OPORTUNO

LA INFORMACIÓN INTERESANTE

LOS ESCRITORES PREFERIDO

EDITADO EN
RIVADENEYRA (S. A.
PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

I QUIERE LEER A LOS MEJORES AUTORES

COMPRE TODOS LOS JUEVES

LA NOVELA MUNDIAL

smerada presentación. La más económica.

Ilustrada por los mejores dibujantes españoles.

olaboran en ella, entre otros, los maestros de la ovela contemporánea española, Pío Baroja, Alerto Insúa, Ramón del Valle-Inclán, Pedro Mata, amón Pérez de Ayala, Manuel Bueno, Rafael Lóez de Haro, Antonio Zozaya, Francisco Camba, ristóbal de Castro y Emilio Carrère, y los nuevos ovelistas Jesús R. Coloma, Valentín de Pedro, uan José Lorente, Alberto Marín Alcalde y José Llampayas.

30 CENTIMOS EJEMPLAR

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Madrid:	semestre, 7,50 pesetas;	año, 14	pesetas
Provincias:	semestre, 8,00 —	año, 15	—
Extranjero:	semestre, 13,00 —	año, 24	—

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

RIVADENEYRA S. A. - Sección de Publicaciones

Paseo de San Vicente, 20. - MADRID

Rivadeneyra. (S. A). Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.